

Proceso a Mata-Hari

Adolfo Marsillach

PERSONAJES

CORONEL SEMPROU, *Presidente del Consejo de Guerra.*

MATA-HARI.

ADAM ZELLE.

ANTJE VAN DER MEULEN.

GRETA.

PROFESOR VEDT.

RUDOLF MACLEOD.

CLUNET, *el abogado defensor.*

FISCAL.

NOONA, *criada.*

PAPÁ BEBÉ.

EMILIO GUIMET.

BARÓN VON JAGOW.

COMANDANTE LADOUX.

VADIM MASLOF.

VON KALLE.

PIERRE DANVIGNÉS.

JOAQUÍN FENOLL.

DONCELLA.

OFICIAL.

DOCTOR BRALEZ.

SOR MARIE.

El personaje de la doncella puede hacerlo la actriz

que interpreta la madre. Y el de Sor Marie, la actriz que sea Noona. Los personajes de Pierre Danvignés, Von Kalle, doctor Bralez y Oficial pueden ser interpretados respectivamente por los actores que hagan de profesor Vedt, Emilio Guimet, Ladoux y Vadim Maslof.

Parte I

Un espacio escénico muy simple: una tarima elevada a la que se accede por unos escalones que la rodean, excepto por la parte que da al proscenio en donde, sentados a una mesa, están el PRESIDENTE DEL CONSEJO DE GUERRA, el FISCAL y el DEFENSOR de espaldas a los espectadores. Un ciclorama, unas lámparas colgadas y unos proyectores a vista.

Escuchamos una voz en la oscuridad: es la del CORONEL SEMPROU, Presidente del Consejo de Guerra que juzgó a MATA-HARI.

PRESIDENTE- Póngase en pie la acusada. (Un proyector ilumina a MATA-HARI.) Su nombre.

MATA-HARI- Zelle, Margarita Gertrudis.

PRESIDENTE- Edad.

MATA-HARI- Cuarenta años.

PRESIDENTE- Estado.

MATA-HARI- Divorciada.

PRESIDENTE- Profesión.

MATA-HARI- Bailarina.

PRESIDENTE- Domicilio.

MATA-HARI- Grand Hotel de París, Boulevard de los Capuchinos, n.º 12.

PRESIDENTE- Hoy, 24 de julio de 1917, siendo la una en punto de la tarde, se inicia este Consejo de Guerra, a puerta cerrada, para debatir su presunta culpabilidad como espía de los alemanes. ¿Conoce usted la acusación que se le hace?(**Como MATA-HARI no responde, el PRESIDENTE**

lee textualmente.) Está usted acusada de haber «en el extranjero y en Francia, tenido contactos con los agentes de una potencia enemiga con el fin de favorecer sus acciones militares; teniendo, además, que responder del crimen de haber comunicado a esta potencia -Alemania- gran número de documentos y datos sobre la política interior francesa y la ofensiva que nosotros, los franceses, desencadenamos en la Primavera de 1916». ¿Ha escuchado usted bien mis palabras?

MATA-HARI- Sí.

PRESIDENTE- ¿Se considera usted culpable?

MATA-HARI- No.

PRESIDENTE- Está bien; puede usted empezar cuando quiera.

(MATA-HARI inicia su declaración.)

MATA-HARI- Sí, me llamo Margarita Gertrudis Zelle, aunque todo el mundo -ustedes también, supongo- me conoce como Mata-Hari. Estoy aquí para defenderme de una acusación. Bueno, en realidad toda mi vida la he pasado defendiéndome. Se han dicho de mí tantas cosas... Ciertas... Falsas... ¿Qué más da? Sólo las gentes vulgares disponen de una única biografía. ¿Por dónde empezar? Todo es tan confuso... Ahora, delante de este tribunal, a punto tal vez de convertirme solamente en una página del libro -amarillento- de la Historia, me parece como si mi vida no hubiera tenido nunca ni un principio ni un final. Como si Mata-Hari - Margarita Gertrudis Zelle- no hubiera nacido todavía.

(Cambian las luces. Leewarden, Frisia, Holanda, un día de invierno de 1891. Los proyectores señalan únicamente dos caminos de luz por los que pasean, en direcciones distintas, un hombre y una mujer. Se llaman ADAM ZELLE y ANTJE VAN DER MEULEN y son los padres de MATA-HARI.)

ANTJE- ¿Te acuerdas de la mañana en que nació nuestra hija?

ADAM- ¿La mañana? ¿Estás segura de que fue una mañana?

ANTJE- Claro. ¿Cómo no voy a estar segura? Y a las once en punto. Era un lunes: los granjeros de toda Frisia habían venido al mercado de la ciudad.

ADAM- Te equivocas. Los días de mercado en Leeuwarden nunca fueron los lunes, sino los viernes.

ANTJE- Eran los lunes.

ADAM- Los viernes.

ANTJE- Serían los viernes, pero la mañana en que nació Greta -¡a las once en punto!- había mercado y era lunes.

ADAM- Está bien: tú ganas.

ANTJE- No me des la razón como a los locos. Lo que ocurre es que tú nunca te enteras de nada porque te pasas la vida en tu tienda vendiendo sombreros de copa, hongos, gorras militares...

ADAM- Vendo sombreros porque soy sombrerero. ¿Qué tiene de extraño? Lo raro sería que, siendo sombrerero, vendiera vacas.

ANTJE- No me gusta que desvíes la conversación, Adam Zelle. Te estaba hablando del día en que vino al mundo nuestra hija, Margarita Gertrudis, a la que siempre llamamos Greta. Cuando nació era rubia como el oro.

ADAM- Nunca fue rubia, nunca. Nació morena, con una pelusilla desagradable y con un ojo amoratado.

ANTJE- No es cierto. Tengo el orgullo de ser la madre de Greta, la niña más bonita de toda Holanda.

ADAM- Sí, eso es verdad. Y yo el padre. Greta es diferente. Cuando va a la escuela con su vestido a rayas rojas y amarillas...

ANTJE- No son rojas y amarillas: son amarillas y rojas.

ADAM- Es lo mismo.

ANTJE- No, no es lo mismo. Los hombres no entendéis de estos asuntos.

ADAM- Vendo sombreros. Entiendo de rayas. Sé distinguir entre el amarillo y el rojo. No estoy ciego.

ANTJE- Como si lo estuvieras. Tenemos una hija con un porvenir maravilloso y tú no lo sabes.

ADAM: Sí lo sé. A los cuatro años le regalé un exquisito carruaje de cuatro asientos arrastrado por dos cabras con los cuernos bellamente adornados. No se hace este regalo a una niña si no se sabe que tiene madera de princesa.

ANTJE: Y de escritora. Escribe poemas. Bellos, hermosos y apasionantes poemas. Como será su vida, ¿verdad?

ADAM: Sí, como será su vida.

ANTJE: Por eso tiene los ojos oscuros, en forma de almendra... como el misterio.

ADAM: Tiene los ojos claros y redondos... como la realidad.

ANTJE: No te fijas, Adam Zelle. Greta tiene los ojos oscuros, negros, y haz el favor de no discutírmelo, ¿quieres?

ADAM: Está bien, tú te lo has buscado. No quería darte un disgusto, pero tú te lo has buscado: tienes tan mala memoria porque estás muerta. Sí, Antje Van der Meulen, te moriste en 1891 cuando Greta tenía quince años y por eso te armas un lío cuando hablas.

(El padre, después de dar la desagradable noticia, se marcha de mal humor. Se escucha una suave melodía. MATA-HARI cuenta al tribunal, a la vez que llega MARGARITA GERTRUDIS ZELLE de niña, la pequeña GRETA, patinando.)

MATA-HARI: La muerte de mi madre me pilló lejos; lejos, sobre todo de ella, quiero decir. Nunca soporté Leewarden: sus calles, sus tiendas, sus gentes... Aquella mañana, yo -la pequeña Greta, como me llamaban entonces- había quedado citada con un chico para ir a patinar. Y -qué curioso- aquel chico era un soldado. No sé... Siempre he sentido, desde niña, una gran fascinación por los uniformes... A lo mejor desde aquel día... puede ser. Recuerdo que -como un anuncio o como un presentimiento- alguien cantaba una canción: «Fue en aquel invierno, el más frío de todos, cuando dejó de oírse su pobre corazón/ las orquídeas dormidas, los tulipanes quietos/ hacía tanto frío que el Zvider Zee se heló».

En cualquier caso, la muerte de mi madre cambió bruscamente mi destino. Nos fuimos a vivir a La Haya y a mí me enviaron a estudiar a un colegio en Leyden. Estaba ya

a punto de convertirme en una mujer.

(Cambio de luces. El colegio en Leyden. En escena, el DIRECTOR, PROFESOR VEDT, y GRETA.)

VEDT.- No, no, no. No es eso. Tiene usted muy mal oído, señorita Zelle. A ver, repita usted conmigo. **(El profesor VEDT toca unas escalas que GRETA se esfuerza en repetir.)** Dentro de unos días va a ser Navidad, señorita. Vamos a dar una fiesta en el colegio. ¿Cómo quiere usted intervenir en esa fiesta con esta voz de gato escaldado?

GRETA.- Yo no quiero intervenir; es usted el que ha decidido que intervenga.

VEDT.- Porque me cae usted bien, porque me parece simpática... y, hum, porque una chica de la buena sociedad debe saber cantar. Y bailar. Aunque cosas decentes, por supuesto. ¿A usted le gusta bailar, señorita?

GRETA.- No mucho, señor Director.

VEDT.- Haga el favor de no llamarme señor Director.

GRETA.- Sí, señor Vedt.

VEDT.- Me alegro. La educación es algo importantísimo para el futuro de una muchacha. La educación y, hum, el ejercicio. Como dijo Juvenal, «mens sana in corpore sano» ¿Me ha visto usted jugar al tenis, señorita?

GRETA.- No, no señor.

VEDT.- Tendría usted que verme. ¿Le gustaría, hum, jugar al tenis conmigo?

GRETA.- No lo sé.

VEDT.- ¿Es que no se fija usted, hum, en los hombres, señorita?

GRETA.- En este Colegio no hay hombres, señor Director: sólo profesores.

(El señor VEDT mira a GRETA sin saber muy bien qué contestar.)

VEDT.- Está bien. Volvamos a las escalas. Y procure no entubar la voz, se lo ruego; produce un efecto desastroso.

(El profesor VEDT toca el piano y GRETA hace unas escalas, bastante mal, por cierto.)

VEDT.- Canta usted muy mal, señorita. No puede decirse que Dios la haya llamado por el camino de la música. Nunca podrá usted cantar; ni bailar, compréndalo.

GRETA.- Lo comprendo.

VEDT.- Hemos terminado por hoy. Puede marcharse.

GRETA.- Gracias Señor.

(GRETA va a marcharse, pero la voz del director la detiene.)

VEDT.- Señorita Zelle, sé que está usted pasando un momento muy triste. Su madre murió hace poco, vive usted en casa de sus tíos y, hum, bueno, es lógico que se sienta usted sola, falta de cariño. ¿Me equivoco?

GRETA.- No sé.

VEDT.- Vamos, hija mía, venga usted aquí y, hum, sincérese conmigo. ¿No es cierto que se siente usted desamparada?

GRETA.- No sé.

VEDT.- No debe preocuparse. En primer lugar, cantar o bailar son cosas importantes, claro, pero, hum, no las únicas posibles en la vida. Por ejemplo... hum... el amor. ¿Ha oído usted hablar del amor, señorita Zelle?

GRETA.- En la clase de Literatura, el profesor Boerhaave nos ha hablado de Goethe.

VEDT.- No me refiero tan sólo al amor poético sino, hum, a otro tipo de amor. Acérquese usted más, señorita; no tenga miedo. ¿La han besado a usted, hum, alguna vez, señorita Zelle?

GRETA.- ¿Mi madre?

VEDT.- No, no me refiero a su madre. Ni a su padre. Un hombre, hum, me refiero a un hombre.

GRETA.- ¿Mi tío?

VEDT.- No, tampoco su tío. Nadie de la familia, nadie. Un hombre y, hum, en la boca. ¿La han besado?

GRETA.- Sí.

VEDT.- Pero, hum, ¿con la boca abierta?

GRETA.- Sí.

VEDT.- Entonces, ¿puedo besarla, señorita?

GRETA.- No.

VEDT.- ¿Por qué?

GRETA.- Porque no me gusta usted, señor Director.

VEDT.- No me llame señor Director, señorita. Llámeme Vedt, Vybrandus Vedt, hum, Vybrandus.

(Se abalanza sobre GRETA quien, naturalmente, se escapa.)

VEDT.- Greta, Greta, estoy enamorado de ti. Desde el primer día que entraste en la Escuela, desde la primera vez que te vi comer mermelada de naranja con, hum, con tus labios gordezuelos. Greta, Greta, no me dejes así, ven Greta, ven.

(La coge de un brazo y la tira al suelo al tiempo que empieza a quitarse los pantalones. La niña se levanta como puede, lucha con él, le pega un empujón y sale huyendo. El profesor VEDT, de rodillas, grita casi llorando.)

VEDT.- ¡Greta! ¡Greta! ¡Vuelve, Dios mío, vuelve! ¡No me dejes así!

(Cambian las luces. Descubrimos ahora a RUDOLF MACLEOD, quien está declarando delante del Consejo de Guerra.)

PRESIDENTE- ¿Es usted Rudolf MacLeod, ex oficial del Ejército Holandés?

RUDOLF- Colonial, Ejército Colonial, señor Presidente, desde los veintiún años, desde que me destinaron a las Indias Orientales. Mi padre también fue militar y mi madre una aristócrata...

(El PRESIDENTE le interrumpe.)

PRESIDENTE- Señor MacLeod, ¿se casó usted con Margarita Gertrudis Zelle?

RUDOLF- Sí, señor Presidente, en Amsterdam. Exactamente el 24 de Marzo de...

(Pero el PRESIDENTE vuelve a interrumpirle.)

PRESIDENTE- El señor Defensor tiene la palabra.

DEFENSOR- Con la venia, señor Presidente. Señor Rudolf MacLeod, ¿qué edad tenía usted cuando contrajo matrimonio con Margarita Gertrudis Zelle?

RUDOLF- ¿Con Mata-Hari?

DEFENSOR- Sí, con Mata-Hari: ¿qué edad?

RUDOLF- Treinta y nueve años.

DEFENSOR- ¿Y ella?

RUDOLF- Dieciocho... veinte... No puedo precisarlo.

DEFENSOR- Sí podrá usted precisar, en cambio, que estaba usted bastante enfermo en aquella época.

RUDOLF- Bueno, algunos dolores reumáticos.

DEFENSOR- Y diabetes.

RUDOLF- Sí, y diabetes.

DEFENSOR.- Lo cual no fue obstáculo para que usted decidiera casarse.

RUDOLF.- Claro que no. ¿Por qué?

DEFENSOR.- Ni la diferencia de edad.

RUDOLF.- Ni la diferencia de edad. Tampoco.

DEFENSOR.- Señor Rudolf MacLeod, ¿cuándo comenzó usted a beber?

(El FISCAL interviene.)

FISCAL.- Protesto, señor Presidente.

PRESIDENTE.- Aceptada la protesta.

DEFENSOR.- Una última pregunta, señor MacLeod: ¿sintió usted alguna vez celos a causa de su esposa?

RUDOLF.- Pues... sí, los sentí.

DEFENSOR.- Injustificados, seguramente.

RUDOLF.- ¿Por qué injustificados? Sentí celos por su culpa... eso es todo.

DEFENSOR.- Y en nombre de esos celos -supuestamente provocados por una mujer veinte años más joven que un hombre enfermo y alcohólico- usted la pegaba todos los días.

RUDOLF.- No es cierto, no es cierto.

FISCAL.- Vuelvo a protestar, señor Presidente.

PRESIDENTE.- Aceptada la protesta.

DEFENSOR.- Nada más por el momento, señor Presidente. Gracias.

PRESIDENTE.- El señor Fiscal tiene la palabra.

FISCAL.- Señor Rudolf MacLeod: Después de casarse con Margarita Gertrudis Zelle -alias Mata-Hari- se fueron ustedes a vivir a Java.

RUDOLF.- Sí, sí señor, fui destinado a Malang, en la costa oriental de la isla.

FISCAL.- Cuando llegaron ustedes a Java, ya había nacido

su primer hijo.

RUDOLF.- Sí, señor; Norman. Y allí nació nuestra hija: Juana Luisa.

FISCAL.- Dígame: desde el día de su boda hasta el nacimiento de su hijo Norman, ¿cuántos meses transcurrieron?

RUDOLF.- Algunos.

FISCAL.- ¿Cuántos? ¿Siete, ocho... nueve?

RUDOLF.- Seis.

FISCAL.- O sea, que cuando usted se casó con Margarita Gertrudis Zelle, ella ya estaba embarazada de tres meses. ¿Es eso?

RUDOLF.- Sí.

FISCAL.- ¿Y tenía usted la seguridad de que ese hijo era suyo?

DEFENSOR.- Protesto. No puedo tolerar ese insulto a mi defendida.

FISCAL.- Está bien, está bien; sólo estaba intentando demostrar que una mujer que se acuesta con un hombre antes de casarse con él, justifica posteriormente cualquier tipo de celos.

PRESIDENTE.- Señor MacLeod: durante el tiempo que vivió usted en Java, antes de separarse de su esposa, murió su hijo, ¿no es cierto?

RUDOLF.- Lo es.

PRESIDENTE.- ¿De enfermedad natural?

RUDOLF.- No lo sé... de veras que no lo sé. En Java todo... cualquier cosa era posible.

(Cambio de luz. Java. En escena, LADY MACLEOD - así vamos a llamar ahora a MATA-HARI porque este fue el nombre que, legalmente, adoptó de casada-, RUDOLF MACLEOD y una criada indígena -NOONA- que está sirviendo bebidas.)

LADY MACLEOD.- Gracias, Noona: puedes retirarte.

(NOONA -la criada- se va con la bandeja en la que trajo los licores. Después de un silencio, LADY MACLEOD dice a su marido refiriéndose a la criada.)

LADY MACLEOD.- Me han dicho que has castigado a su hermano con cincuenta latigazos delante de todo el Regimiento y que le has enviado a prisión.

RUDOLF.- Sí.

LADY MACLEOD.- ¿No es excesivo?

RUDOLF.- ¿Vas a indicarme cómo tengo que mandar a mis hombres?

LADY MACLEOD.- Pero, Rudolf, Noona es nuestra criada y la niñera de Norman y de Juana Luisa.

RUDOLF.- Y su hermano un sinvergüenza; eso: un sinvergüenza. Le ascendí a sargento porque al principio funcionaba bien, pero ya no. Se ha llevado los latigazos que se merecía. Y basta. No quiero seguir hablando de este asunto.

LADY MACLEOD.- Perdóname.

(Beben sin hablar aunque, evidentemente, la tensión no ha disminuido.)

RUDOLF.- ¿Qué te dijo la otra noche el general Zeisenis?

LADY MACLEOD.- ¿A mí?

RUDOLF.- Observé que salíais juntos a la terraza durante el baile en la Residencia de Oficiales.

LADY MACLEOD.- Ah, bueno... me preguntó sobre la opereta *Los cruzados* que el teniente Schut prepara para el día de la Fiesta Nacional. Me han dado un papel, y a sabes.

RUDOLF.- Sí, ya sé. El teatro, te encanta el teatro. ¿Y sobre qué otra cosa te preguntó el General?

LADY MACLEOD.- Sobre nada más. ¿Por qué?

RUDOLF.- ¿No te dijo si querías acostarte con él?

LADY MACLEOD.- ¡Rudolf!

RUDOLF.- ¿Qué tendría de nuevo? Eres una mujer bella, atractiva, joven y... blanca. Es natural que todos piensen en la posibilidad de acostarse contigo.

LADY MACLEOD.- Soy tu esposa, Rudolf. Y el General también está casado.

RUDOLF.- Con una asmática que se pasa el día con las nalgas debajo del ventilador. Tienes que aprender a airearte con más frecuencia, cariño.

LADY MACLEOD.- No me gusta que me veas desnuda.

RUDOLF.- Será lo único que no te gusta. Me acuerdo del día en que te metiste en mi cama como si fueras una profesional. Me hiciste algunas cosas que estaban muy bien. ¿Quién te las había enseñado?

LADY MACLEOD.- Nadie. Es decir, tú... tú me las habías enseñado.

RUDOLF.- ¿Estás segura?

LADY MACLEOD.- Claro. Además las hice porque... porque quería que me desearas. Últimamente tengo la sensación de que cuando haces el amor conmigo lo único que te interesa es convencerte de que todavía lo puedes seguir haciendo.

(RUDOLF traga la frase despacio. Tomándose tiempo antes de responder.)

RUDOLF.- Esos son los inconvenientes de haberte casado con un hombre que podría ser tu padre.

LADY MACLEOD.- Pero no lo eres. Me casé contigo porque te quería.

RUDOLF.- ¡Y porque querías huir de tu padre y de aquella mierda de barrio de La Haya en el que andabas siempre con las bragas sucias!

LADY MACLEOD.- Estás borracho, Rudolf.

RUDOLF.- Todavía no; todavía no, Lady Macleod.

(Llega NOONA, la criada.)

NOONA.- Señora, ¿puedo acostar a los niños?

LADY MACLEOD.- Sí, ya es muy tarde. Ahora pasaré a darles un beso. ¿Han cenado bien?

NOONA.- La niña, sí, señora; el niño, en cambio, no tenía apetito.

LADY MACLEOD.- Póngale el termómetro; a lo mejor tiene fiebre.

RUDOLF.- ¿Por qué ha de tener fiebre? A Norman lo cuidáis demasiado. Quiero que mi hijo sea un hombre, no un maricón.

(La señora y la criada se miran un momento.)

LADY MACLEOD.- Vaya, Noona, vaya; enseguida iré yo.

NOONA.- Sí, señora.

(La criada se marcha.)

LADY MACLEOD.- No es necesario que digas estas palabras delante de Noona. Nunca debí casarme contigo.

RUDOLF.- Ni yo contigo. Las putas dan siempre los mismos resultados.

LADY MACLEOD.- ¡No tienes derecho a insultarme!

RUDOLF.- ¡Estoy harto de que me pongas los cuernos! ¿Me oyes? ¡Harto! ¿Me quieres decir quién era ese tenientillo que te hacía fotos a ti y a los niños mientras yo estaba destinado en Medan?

LADY MACLEOD.- Un amigo tuyo.

RUDOLF.- ¡No tengo amigos en esta jodida tierra! ¡Sólo cucarachas, lagartos y chinches!

LADY MACLEOD.- Tú me trajiste aquí.

RUDOLF.- Para que jodieras conmigo, no con el Imperio

holandés en bloque. ¿O es que crees que soy tonto? Me trasladaron a Medan porque el general Zeisenis quería llevarte a la cama. Como todos.

LADY MACLEOD.- Te has vuelto loco; el alcohol te ha vuelto loco.

RUDOLF.- Y tú; el alcohol y tú, no lo olvides. Fue un error casarme con una mujer tan joven.

LADY MACLEOD.- Pero de eso, Rudolf, yo no soy culpable.

RUDOLF.- No, de eso no.

(Parece que la discusión va a serenarse un poco. LADY MACLEOD dice con cierta tranquilidad.)

LADY MACLEOD.- Deberíamos separarnos.

RUDOLF.- Seguramente.

LADY MACLEOD.- Tengo derecho a rehacer mi vida.

RUDOLF.- No hagas frases estúpidas, ¿quieres?

LADY MACLEOD.- No todo el mundo opina que soy estúpida.

RUDOLF.- Ya, ya. Siempre que un tipo quiere beneficiarse a una fulana lo primero que le dice es que es muy inteligente. Pero no lo eres. Nunca he podido tener contigo una conversación interesante. Eres una ignorante.

LADY MACLEOD.- Si tú lo dices... En cualquier caso, quiero dejar de serlo.

RUDOLF.- ¿Y cómo?

LADY MACLEOD.- Aún no lo sé. Cuando nos separemos puede que vaya a París; siempre he querido ir a París.

RUDOLF.- ¿A París? No seas ridícula. ¿Qué coño vas a hacer tú en París?

(Cuando LADY MACLEOD está a punto de contestar a su marido, entra, precipitadamente, NOONA, la

criada.)

NOONA.- Señora... señora... el niño...

RUDOLF.- ¿Qué le ocurre?

NOONA.- Está vomitando... tiene las sábanas manchadas... es un líquido negro... negro.

(Cambian las luces. Un proyector ilumina a RUDOLF y otro a MATA-HARI. Ambos están declarando delante del tribunal.)

RUDOLF.- Nuestro hijo Norman murió, víctima de una enfermedad infecciosa, cuando tenía cuatro años. Yo corté un mechón de su pelo y lo guardé en un sobre.

MATA-HARI.- Yo hice más, muchísimo más. Cuando supe, al cabo de algún tiempo, que Noona, la criada, había envenenado a mi hijo, fui a su casa a buscarla y la maté.

(El DEFENSOR interviene precipitadamente.)

DEFENSOR.- No es cierto. Pido al señor Presidente que no se tengan en cuenta las palabras de mi defendida.

PRESIDENTE.- Señor Clune: este es un Consejo de Guerra... francés. No estamos aquí para juzgar un posible delito cometido en Java. Tranquilícese.

DEFENSOR.- Margarita Gertrudis Zelle es una persona... especial. Ni uno solo de sus comportamientos posteriores podrá ser comprendido si se ignora esta circunstancia. Siempre fue fantasiosa, imaginativa... diferente a los demás. Desde niña... sí, desde niña.

FISCAL.- ¿Quiere usted decir que se trata de una embustera?

DEFENSOR.- No, yo no he dicho eso... exactamente.

PRESIDENTE.- Señora Zelle: ¿confirma usted su declaración de asesinato?

MATA-HARI.- La confirmo.

PRESIDENTE- Es muy extraño: ¿qué razones podía tener la criada para envenenar a su hijo?

(Ahora contesta RUDOLF.)

RUDOLF- Supongo que quiso vengarse de los latigazos que le di a su hermano. Eso sería.

MATA-HARI- No, Rudolf: el marido de Noona la obligó a que matara a nuestro hijo porque supo que tú y ella os acostabais.

RUDOLF- ¡Falso! Pongo a Dios por testigo...

(Pero el PRESIDENTE le interrumpe.)

PRESIDENTE- Nada más por el momento, señor MacLeod. Gracias. (RUDOLF saluda y se marcha. El PRESIDENTE prosigue su interrogatorio.) ¿Y qué hizo usted después?

MATA-HARI- ¿Después? Poco... casi nada... Una fría noche de 1904 llegué a París. Sólo tenía un franco en el bolsillo, de manera que tomé un taxi y me fui a vivir directamente al Hotel Crillon... carísimo.

(Cambio de luz. Suena una música: un can-can. París. Aparece PAPA BEBÉ que habla y actúa con el tono, la voz de falsete y los recursos humorísticos de los animadores de music-hall. Estamos en un Caf'-con' de París.)

BEBÉ- Me llamo Bebé Frisson. (No, no, no me busquen en el programa de mano porque no aparezco.) Tampoco soy su tío Nicodemes, ni su tía Nicodamos; ni siquiera Clèò de Merode, ni Bismarck, ni Eleonora Duse. No; soy, simplemente, el dueño de esta caritativa institución benéfica: ¡el único café concierto que, en París, mantiene una dura competencia con el «Moulin Rouge», el «Mirliton», «El Gato negro» y el otro molino, el de «La Galette»...! Soy, además, representante de artistas y un poquito pederasta, lo cual, por supuesto, sólo ejerzo después de las horas de

despacho. Soy amigo de todas las estrellas de mi época: desde Cri-Cri a Rayo de Oro y desde Cleopatra a Medio Sifón. Conocí a La Goulou -La Glotona- cinco minutos antes de que la pintara Toulouse Lautrec, fumo cigarrillos turcos en forma de lavativa y no he participado en la carrera París-Madrid en un Bugatti porque la velocidad me da hipo y el automóvil me pone, entre otras cosas, el culo tomatero. ¡Música maestro! (PAPÁ BEBÉ **canta.**)

Si quieres ver la verdad
como en el teatro,
como en el teatro,
tienes antes que engañar
como en el teatro,
como en el teatro.
Ponte tu mejor disfraz
como en el teatro,
como en el teatro.
No descubras tu antifaz
como en el teatro,
como en el teatro.
Si quieres ser realidad
como en el teatro,
como en el teatro
sé primero falsedad
como en el teatro,
como en el teatro.
Y si mueres al final
como en el teatro,
como en el teatro,
sal después a saludar
como en el teatro,
como en el teatro.

(De repente se interrumpe. Acaba de llegar MATA-HARI.)

BEBÉ- ¿Quién es usted? ¿Por qué me molesta? Estoy ensayando y, cuando yo ensayo, París contiene la respiración. A ver, contenga la respiración.

(MATA-HARI por toda respuesta le da su tarjeta de presentación. PAPÁ BEBÉ la lee.)

BEBÉ- «Lady Greta MacLeod. Danzas orientales auténticas. Modelo para pintores y escultores. Hotel Crillon. Place de la Concorde».

(BEBÉ ha terminado de leer.)

BEBÉ- Muy interesante.

LADY MACLEOD- ¿Le parece?

BEBÉ- No, no me lo parece. Todos los días llegan a París cientos, miles, de artistas... de modelos... de saltimbanquis... de prostitutas... Por la gare D'Orsay, por la gare D'Austerlitz, por la gare D'Orleans... en tren, en velocípedo, a pie, a caballo, en burro... ¿Por qué me va a parecer interesante que también usted haya llegado a París?

LADY MACLEOD- Usted lo dijo.

BEBÉ- Si va usted a hacer caso de lo que yo le diga, lo mejor será que se dirija a otro establecimiento.

LADY MACLEOD- Además yo bailo danzas... danzas orientales.

BEBÉ- ¿Orientales? Aquí no hay más oriental que el «óleo de Persia», un mejunje para teñirse el pelo.

LADY MACLEOD- Yo soy oriental de verdad: vengo de Java.

BEBÉ- La última vez que alguien me habló de Java, se vino patas abajo de una colitis.

LADY MACLEOD- ¿No le cansa sentirse siempre en la obligación de ser gracioso?

BEBÉ- Quizás, aunque, puesto a aburrirse, hay otras

obligaciones peores, ¿no cree?

LADY MACLEOD.- No sé. Yo sólo tengo la obligación de ser yo misma.

BEBÉ.- ¿En el colmo de la sinceridad?

LADY MACLEOD.- No, no: en el colmo de la hipocresía.

(Pausa. Se miran como estudiándose.)

BEBÉ.- ¿Necesita dinero?

LADY MACLEOD.- Los millonarios no van a los cabarets a buscar trabajo.

BEBÉ.- Depende. Una vez conocí a uno que acabó de tragasables en un circo.

LADY MACLEOD.- No pierda el tiempo conmigo, ¿quiere? Le estoy proponiendo el mayor negocio de su vida.

BEBÉ.- ¿Cuál?

LADY MACLEOD.- Yo.

BEBÉ.- ¿Por cuántos hombres está usted dispuesta a pasar?

LADY MACLEOD.- ¿Incluido usted?

BEBÉ.- No, yo no, gracias. Sólo he visto desnuda a mi madre y aún no me he recuperado de la impresión.

(Otra pausa. Siguen mirándose.)

LADY MACLEOD.- Tengo talento.

BEBÉ.- Es posible, pero así a primera vista...

LADY MACLEOD.- ¿Le parezco fea?

BEBÉ.- La belleza de las mujeres es siempre relativa. Todo consiste en cómo sepan utilizarla.

LADY MACLEOD.- En este sentido, ningún problema, se lo aseguro.

BEBÉ- No estará usted casada, supongo.

LADY MACLEOD.- No: sólo separada.

BEBÉ- ¿Por qué?

LADY MACLEOD.- Porque mi marido pensó que le engañaba con otros.

BEBÉ- ¿Y no era verdad?

LADY MACLEOD.- Claro que era verdad. Sólo se engaña a los que, en el fondo, desean ser engañados.

BEBÉ- ¿Dónde ha leído usted eso?

LADY MACLEOD.- En ningún sitio. Acabo de inventármelo.

(PAPÁ BEBÉ **empieza a sentirse fascinado.**)

BEBÉ- ¿Quién es usted?

(LADY MACLEOD - MATA-HARI **empieza a hablar muy despacio, con una cadencia sensual.**)

LADY MACLEOD.- Me casé muy joven, tuve dos hijos -uno de ellos murió envenenado-, he pasado cinco años en las Indias Holandesas... **(A medida que habla -y ante el estupor de PAPÁ BEBÉ- empieza a desnudarse como en un extraño strip-tease sin música.)** ... acabo de separarme de mi marido quien se ha quedado con la custodia de la niña, aprendí a bailar en Java, conozco todos los ritos hindúes del amor y de la muerte... he venido a París porque quiero triunfar y porque siempre soñé con esta ciudad.

(PAPÁ BEBÉ **interrumpe el «número» que, evidentemente, está haciendo MATA-HARI.**)

BEBÉ- No siga; no hace falta. Ya le he dicho que a mí las mujeres desnudas no...

LADY MACLEOD.- Con música podría resultar mucho

más excitante. Con una buena música, se entiende. **(Intenta continuar su strip-tease mientras recita misteriosamente.)**

El amor es un arte: algo que se aprende en las religiones de Oriente, en sus danzas sagradas, en sus libros sabios: en el Kama-Sutra, en el Vatsayana, en el Atharva-Veda...

(De nuevo PAPÁ BEBÉ la detiene.)

BEBÉ- No, por favor, no insista. El resto me lo imagino. Será como todos.

LADY MACLEOD.- No lo crea. Si todos los frascos fueran iguales no valdría la pena abrir uno distinto.

(Hay una pausa. PAPÁ BEBÉ mira maliciosamente antes de contestar.)

BEBÉ- Sí; eso es verdad.

LADY MACLEOD.- ¿Qué? ¿Se decide a trabajar conmigo?

BEBÉ- ¿No habíamos quedado en que es usted la que quiere trabajar para mí?

LADY MACLEOD.- Si va a fijarse en la manera de construir una frase... Yo le necesito a usted tanto como usted me necesita a mí. ¿Se decide?

(BEBÉ FRISSON mira de nuevo la tarjeta de presentación.)

BEBÉ- ¿Por qué lady MacLeod?

LADY MACLEOD.- Es mi nombre. Bueno, el de mi marido.

BEBÉ- ¿Y con este nombre quiere convertirse en una estrella?

LADY MACLEOD.- Usted se llama Bebé Frisson.

BEBÉ- Pero yo no soy una estrella: sólo un mariquita. Y no me llamo Bebé Frisson -eso se queda para las fichas policiales-; simplemente, Bebé: Papá Bebé. ¿Verdad?

LADY MACLEOD.- Sí, Papá Bebé.

BEBÉ- ¿Y tú?

LADY MACLEOD.- Llámame Mata-Hari: ojo de la aurora, pupila del amanecer.

(Cambia la luz. PAPÁ BEBÉ declara delante del Consejo de Guerra.)

BEBÉ- Me convencí de que tenía talento en cuanto empezó a hablar; lo que pasa es que, claro, disimulé. Con las artistas ya se sabe: si se dan cuenta de que las necesitas, vas listo. Por eso les encanta enseñar el ombligo: no por nada, sino porque creen que el mundo les cabe dentro.

PRESIDENTE.- Se convirtió usted en su representante, ¿no?

BEBÉ- ¿Representante? Por favor, señor Presidente... No, yo fui mucho más que eso. En realidad, yo me inventé a Mata-Hari. No fue fácil. Sí, sí, yo tenía la ventaja de conocer al «tout París», ese que se vestía en Paquin, se bañaba en Deauville, montaba a caballo en el Bois de Boulogne y usaba sales de baño Sulfurine, pero no fue fácil. Debutamos -con algún éxito- en varias ciudades de provincias y en algunos salones privados de ciertos aristócratas de medio pelo. No estuvo mal; los bailes exóticos funcionaban, pero... Mata-Hari se puso pesadísima. No sé por qué razón se negaba a enseñar los pechos. El ombligo sí, pero los pechos... ¿Cómo se puede triunfar en el teatro si no se ponen las tetas al fresco de cuando en cuando?

(Cambio de luz. En escena vuelve a estar MATA-HARI -ahora ya vamos a llamarla siempre así- con PAPÁ BEBÉ. Seguimos en París.)

BEBÉ- La gente quiere verte los pechos. ¿Cómo vas a gustar al público con esas cosas que te pones para tapártelos?

MATA-HARI- Son metales sagrados: en la pagoda de

Kanda Swany...

BEBÉ- No me vengas con cuentos de pagodas. Los espectadores quieren pechos, como los de Liane de Pougy, como los de Emiliana D'Alençon... ¡como los de su madre! Todo lo ha dicho Freud: un tipo que también se tira a su madre... sólo que en Viena.

MATA-HARI- Eres un maricón y no distingues. A los hombres lo que les interesa de la mujer es el vientre.

BEBÉ- Sí, pero luego. Es una ordinareiz introducirse en la Esfinge sin contemplar antes las Pirámides.

MATA-HARI- Nadie me ha visto los pechos y nadie me los verá.

BEBÉ- Pero ¿por qué?, ¿por qué?

MATA-HARI- Porque... porque... sí.

BEBÉ- Porque sí, no; será porque no.

MATA-HARI- Exacto: porque no.

BEBÉ- Pero si un pecho es una cosa tonificante, optimista, casi higiénica... Nos vuelve a la infancia, al seno materno, a la primera leche... A mí la leche me da arcadas, pero bueno, eso no importa: hay que reconocer que de la leche sale el queso, la nata, el yoghourt... ¿Tú has visto lo fuertes que están los cabrones de los búlgaros con el yoghourt?

MATA-HARI- No te canses: no quiero enseñar los pechos y no los enseñaré.

BEBÉ- O sea, que los tienes tipo vómito y no quieres que te los vean.

MATA-HARI- Está bien; tú ganas. Escucha: una noche, en Java, mi marido, que había vuelto a casa borracho, me pegó. Luego me rompió el vestido y me tumbó sobre la cama. Cuando me resistí, empezó a mordirme rabiosamente y, al querer desprenderme de él, me arrancó un pezón: el izquierdo.

BEBÉ- ¿Cómo has dicho?

MATA-HARI- El izquierdo.

BEBÉ- No; todo lo anterior.

MATA-HARI- Ya lo has oído.

BEBÉ- Oye, no me vengas con cuentos. Los maridos no andan por ahí arrancando los pezones de sus esposas. Lo que ocurre es que debes de tener unos pechos flácidos y caídos y por eso no quieres enseñarlos.

MATA-HARI- Piensa lo que te dé la gana.

BEBÉ- No se trata de lo que yo piense, sino de lo que piensen los demás. La otra noche, en Lyon, te patearon. Un crítico dijo que no pasas de ser una mala aficionada.

MATA-HARI- ¿Y qué es lo que saben ellos de arte oriental? En Lyon sólo entienden de charcutería.

BEBÉ- ¡Y de tetas! En Lyon de tetas entienden una barbaridad. Como en Francia, en toda Francia. ¡A María Antonieta la guillotinaron por tetona!

MATA-HARI- Ahora eres tú el que hace números. Papá Bebé, tu afición por el music-hall te perderá.

BEBÉ- ¿Quieres o no quieres ser una estrella?

MATA-HARI- Soy una estrella. Mi baile es un poema y cada uno de mis gestos una palabra. Conozco los secretos de los brahmanes. Vengo de la India.

BEBÉ- ¿También a mí, Mata-Hari? ¿También a mí? Vienes de Holanda, de una ciudad aburrida en la que a los patos se les hiela el esfínter y de un padre sombrerero con menos porvenir que una sufragista. ¿Por qué diablos se va a fijar el público en ti?

MATA-HARI- Porque yo soy la única sacerdotisa que conoce los Sesenta y Cuatro Ritos de la Lujuria.

(BEBÉ está a punto de darse por vencido.)

BEBÉ- Se cuenta que, en una ocasión, Luis XVI dispuso una deslumbrante recepción para recibir a un embajador extranjero que luego resultó ser un tendero de Marsella.

MATA-HARI- Si nadie le hubiera descubierto, el tendero hubiera acabado siendo un embajador.

(Se miran sonrientes. En esta última frase, se han reconocido cómplices. Llega un nuevo personaje: un caballero elegantemente ataviado.)

GUIMET.- Buenos días. Perdónenme si interrumpo su conversación. Mi nombre es Guimet... Emilio Guimet. (**Da una tarjeta a MATA-HARI y otra a BEBÉ FRISSON.**) Es posible que mi nombre les suene de algo. Por una serie de circunstancias, soy bastante conocido en esta ciudad.

BEBÉ.- Por supuesto, señor Guimet, todo el mundo le conoce en París. Es usted un hombre extraordinariamente rico... bueno, al menos eso dicen... discúlpeme.

GUIMET.- No se preocupe. (**A MATA-HARI.**) ¿Y usted? ¿Me conoce también?

MATA-HARI.- No. En Java, de donde yo he llegado, nadie me habló de usted.

GUIMET.- Soy coleccionista -y, por lo tanto, creo que entiendo- de Arte Oriental.

MATA-HARI.- Es posible, pero ni en el estrecho de Malaca ni en las costas de Malabar he escuchado a alguien hablar de usted. Ya se lo he dicho.

GUIMET.- En mi biblioteca guardo los libros sagrados.

MATA-HARI.- ¿Incluso los que hablan de los secretos voluptuosos del «Prem Sagar»?

GUIMET.- Y del «Gita Govinda».

MATA-HARI.- ¿Los que se consagran a los poderes de Brahma?

GUIMET.- Y a los de Siva. Los tengo.

MATA-HARI.- ¿Los que describen los ritos monstruosos del culto de Lingam?

GUIMET.- No... esos no.

MATA-HARI.- Entonces, señor, aún no ha alcanzado usted la sabiduría, el opio evanescente de la gran Prostitución Universal.

(**GUIMET parece fascinado por las palabras de MATA-HARI.**)

GUIMET.- La he visto bailar en los salones de Madame

Kiréevsky... ¿Aceptaría usted bailar en mi casa?

MATA-HARI- ¿Para usted?

GUIMET- Para mí y algunos invitados. Gente de calidad, por supuesto.

BEBÉ- ¿Periodistas?

GUIMET- Y embajadores. Y políticos. Y artistas, naturalmente.

MATA-HARI- ¿En qué condiciones?

GUIMET- ¿Se refiere usted económicas?

BEBÉ- No, no, mi representada no habla de estos asuntos. De los temas incómodos me encargo yo.

GUIMET- Entonces...

**(Cambio de luces. PAPA BEBÉ vuelve a declarar
delante del Tribunal.)**

BEBÉ- ¡La gran ocasión! Yo no sé si ustedes llegaron a conocer a Emilio Guimet. Fue un hombre muy importante en aquel París de principios de siglo y estaba algo chiflado, naturalmente. Era tan rico, que de él se decía que hacía pipí todas las noches en una bacinilla de plata mexicana. En su casa tenía una especie de museo, una biblioteca de Arte oriental en donde daba representaciones de teatro y conciertos... de cámara, claro. La verdad es que como experto en cuestiones orientales era más bien flojito. Nunca supo muy bien si Mata-Hari era india, siamesa, laosiana o conchichina. En cuanto le hablaban del «Este», así, en términos generales, ponía los ojos en blanco y le hacía aguas el grifo del trasero. ¡Huy, ustedes perdonen la forma de señalar! Bueno, el caso es que Monsieur Guimet nos contrató y ese fue el principio de nuestro éxito. Me parece que las palabras con las que presentó a Mata-Hari a sus invitados fueron más o menos estas...

**(Cambio de luz. Aparece EMILIO GUIMET, quien
empieza a hablar, al mismo tiempo que suena una
música y se colocan en escena unos pebeteros que
esparcen en la sala un penetrante y pesado olor a
hachisch.)**

GUIMET.- Señoras y señores, excelentísimos embajadores de Alemania y del Japón, príncipes y princesas, ilustres críticos de «La Gazette de France», «Le Figaro», «Le Gil Blas» y «L'Echo de París», amigas y amigos: es para mí una enorme satisfacción presentarles esta noche a Mata-Hari, extraordinaria bailarina hindú, quien va a ejecutar para nosotros unas danzas orientales evocadoras de los cultos sagrados de los pueblos asiáticos. Imaginaos que hoy es el día de la fiesta del dios Siva. Desde el alba, las sacerdotisas, después de haberse purificado, se dirigen al templo para despertar a la divinidad. Le ofrecen sus plegarias, luego le bañan, le lavan, le perfuman con incienso, con manteca líquida, le visten con ricas telas y le adornan con joyas preciosas. Le dan a beber el agua santa del Ganges juntamente con flores, frutos, ramas, granos de arroz cocido y pasteles. Después, una virgen que es bella como Urwaci, sensual como Damayanti, lujuriosa como Sakuntala, inicia para el dios la más orgiástica de las danzas brahmánicas.

(Entre los vapores que se han formado en escena, surge, mágicamente, MATA-HARI; hierática, mira a lo lejos por encima de las cabezas de los espectadores. Viene envuelta en sus velos de seda; lleva una especie de sostén blanco cuajado de joyas indias. En las muñecas, usa brazaletes del mismo dibujo mientras en su cabeza luce una diadema fantástica que retiene su negro pelo. Un ancho cinturón de pedrería ciñe un «sarong» a su cintura que, desde la espalda, desciende alrededor de sus caderas hasta detenerse sobre el vientre, un poco más abajo del ombligo. Semioculta por el parpadeo de las velas en el humo rojizo de los pebeteros, se adivina su silueta desnuda de una belleza salvaje y misteriosa. La música -en la que domina el sonido agudo de la flauta- acelera su ritmo. Los brazos de MATA-HARI, lentamente, comienzan a desprenderse de los velos. Todo su cuerpo se tiende a manera de una plegaria; se pliega, se ondula como una liana mientras las sedas caen al suelo una tras otra... Ahora su vientre se ofrece palpitante. Se la ve doblarse, tenderse, levantarse, girar, mostrarse de perfil, de frente, de espaldas... Tan pronto delgada como una media luna, tan pronto hinchada como una luna llena... En la penumbra se escuchan respiraciones contenidas. Cambio de luces. De nuevo PAPÁ BEBÉ declara ante el Consejo de Guerra.)

PRESIDENTE- A partir de la actuación de Mata-Hari en el museo-biblioteca de Emilio Guimet todo fueron éxitos, ¿no?

BEBÉ- Sí, señor; aunque me esté mal el decirlo... sí, señor.

PRESIDENTE- Se multiplicaron los elogios, las críticas admirativas...

BEBÉ- Sí, señor, siempre tuvimos unas críticas buenísimas. Bueno, una vez...

PRESIDENTE- ¿Qué?

BEBÉ- No, nada.

PRESIDENTE- ¿Viajaron ustedes mucho?

BEBÉ- Ah, sí, señor, sí, en aquella época fuimos muy «reclamados». El ombligo de mi representada tenía mucha fuerza.

PRESIDENTE- Viena, Roma, Milán, Londres... y Berlín.

BEBÉ- ¿Berlín? Bueno, sí, Berlín, pero solo un momentito... como de pasada.

PRESIDENTE- Estuvieron ustedes en Berlín en 1906. ¿Es cierto?

BEBÉ- Es... posible.

PRESIDENTE- El señor Fiscal tiene la palabra.

FISCAL- ¿Llegó usted a conocer en Berlín a un tal Kiepert, Hans Kiepert, un rico terrateniente cuyas inmensas propiedades se hallaban situadas en las afueras de la ciudad?

BEBÉ- Por favor, señor Fiscal, ¿me está usted preguntando si me acosté con él?

FISCAL- No, señor Frisson, le estoy preguntando si se acostó Mata-Hari.

BEBÉ- ¿Y cómo quiere usted que yo lo sepa? Si Mata-Hari me hubiera proporcionado alguna vez la lista de todos sus amantes la hubiera vendido corriendo para que se publicara. Vamos, menudo «best-seller». ¿Se dice así?

FISCAL- El señor Hans Kiepert que, además, era

Teniente del Segundo Regimiento de Húsares de Westfalia, instaló a Mata-Hari en un piso del número 39 de la Nachodstrasse de Berlín.

BEBÉ.- ¿Ah, sí? No sabía.

FISCAL.- ¿Y tampoco sabe usted que -sospechosamente- el señor Kiepert y Mata-Hari asistieron juntos a unas maniobras militares que se celebraron del 9 al 12 de Septiembre de 1906?

BEBÉ.- No, señor, tampoco. Lo único que recuerdo es que, efectivamente, en 1906 actuamos en Berlín. Y con gran «suceso», como siempre.

FISCAL.- Un «suceso» que le valió, entre otras cosas, que el propio hijo del Kaiser le enviara unas flores.

BEBÉ.- ¿A mí?

FISCAL.- A Mata-Hari.

BEBÉ.- ¿Qué tiene de raro? A Mata-Hari le chiflan las flores.

FISCAL.- ¿Y se siente obligada a acostarse con todos los que se las envían?

BEBÉ.- No, no creo. Con Diaghilev, por ejemplo, nunca se acostó; vamos que yo sepa. Claro que Diaghilev...

FISCAL.- Pues con el hijo del Emperador Alemán, sí lo hizo.

BEBÉ.- ¿Ah, sí? No me diga. Es que no paraba, ¿verdad?

DEFENSOR.- Protesto, señor Presidente. Ruego al señor Presidente que no consten en acta los comentarios del testigo.

PRESIDENTE.- Señor Frisson: límitese a contestar a las preguntas que le haga el señor Fiscal.

BEBÉ.- Sí, señor; descuide.

FISCAL.- Desde su primera actuación en Berlín en 1906 tardaron ustedes mucho en regresar a aquella ciudad.

BEBÉ.- Sí, señor, bastante.

FISCAL.- ¿Por qué?

BEBÉ.- Recorrimos Europa... Algunos lugares de Oriente...

y Viena. En Viena gustamos una barbaridad. Allí nos salió una competidora y tuvimos lo que se llamó «la guerra de las bragas». ¿Se la cuento?

PRESIDENTE- No, no hace falta, gracias.

FISCAL.- De todas formas, ustedes volvieron a Berlín, ¿no?

BEBÉ.- Sí.

FISCAL.- ¿Cómo fue eso? ¿Quiere contárnoslo, por favor?

(Cambio de luces. Aparece MATA-HARI envuelta en una bata deslumbrante.)

MATA-HARI- ¿Son buenas las críticas?

BEBÉ- Excelentes. Desde nuestra presentación en la biblioteca de Emilio Guimet, no hay quien se atreva contigo. Se las tragan dobladas.

MATA-HARI- Deberías tenerme más respeto, Papá Bebé: bailo muy bien.

BEBÉ- No; bailas mal, pero no importa.

MATA-HARI- Rotshchild quiere que baile en su casa y Colette me ha escrito un artículo en «Le Figaro».

BEBÉ- Sí, y una tía mía fue bombero en Pennsylvania. No les gusta tu arte, sino tu ombligo.

MATA-HARI- Soy la mejor.

BEBÉ- Claro, claro que eres la mejor. ¿Cómo iba a estar yo contigo si no fueras la mejor? Estaba bromeando, Lady Macleod.

MATA-HARI- No me llames así. Me recuerda demasiadas cosas.

(PAPÁ BEBÉ se da cuenta de que ha tocado un tema vidrioso.)

BEBÉ- A veces me pregunto qué hubieras hecho de no haber triunfado.

(MATA-HARI **contesta burlescamente, aunque no se sabe si, en el fondo, dice la verdad.**)

MATA-HARI- Llegué a París con una decisión y con un revolver. ¿Nunca te lo he dicho?

BEBÉ- Tíralo al Sena; y a no te hace falta: Holanda queda lejos.

MATA-HARI- Holanda... ¿Qué pensarán en aquel país sin sexo de una holandesa que se exhibe desnuda por el mundo?

BEBÉ- Pensarán que es una diosa.

MATA-HARI- No, Papá Bebé, pensarán que es una puta. (MATA-HARI **desvía la conversación.**) ¿Ni una crítica mala?

BEBÉ- No... bueno... un periodista dice que ha hablado con un «auténtico», según él- experto en temas orientales. (PAPÁ BEBÉ **lee un recorte de periódico.**) «... Las bailarinas de Oriente, en lugar de mostrarse desnudas, bailan siempre vestidas de blanco y que su castidad es cosa proverbial en las tierras de los brahmanes».

MATA-HARI- ¿Ah, sí? ¿Quién ha escrito ese comentario?

BEBÉ- El corresponsal de «El diario» de Cádiz.

MATA-HARI- Cádiz... eso es España, ¿no?

BEBÉ- A un paso de África, pero sí... eso es España.

MATA-HARI- Que raro. Cuando estuve en Madrid me trataron muy bien. ¿Te acuerdas?

BEBÉ- Claro. Fue tu primera actuación en el extranjero...

MATA-HARI- Papá Bebé, quiero bailar con Diaghilev.

BEBÉ- Eso no es posible.

MATA-HARI- ¿Te parece que no tengo suficiente talento para conseguirlo?

BEBÉ- No, no es eso. Los rusos tienen ya su repertorio, su gente... Además, ya sabes, Nijinsky es muy especial.

MATA-HARI- Diaghilev va a dirigir un nuevo ballet en

Montecarlo. ¿Por qué no le escribes?

BEBÉ- De acuerdo, lo haré. Escribiré a Diaghilev.

MATA-HARI- Dile que Massenet me admira muchísimo. Y que Puccini me envió no hace mucho un ramo de flores.

BEBÉ- Se lo diré; descuida.

(En toda esta escena debe descubrirse el carácter megalómano de MATA-HARI, que explica muchos de sus comportamientos posteriores. PAPÁ BEBÉ -que no tiene un pelo de tonto- se da cuenta. Luego, prudentemente, dice.)

BEBÉ- Me han ofrecido un contrato para actuar de nuevo en Berlín.

MATA-HARI- ¿Berlín?

BEBÉ- Sí, en el Metropol. ¿Qué les contesto?

MATA-HARI- ¿A ti qué te parece?

BEBÉ- No sé. Durante algún tiempo decías que no te gustaba Alemania... ni los alemanes.

MATA-HARI- ¿Eso decía?

BEBÉ- Supongo que has cambiado de opinión. Ahora tienes muchos amigos en Berlín... y muy importantes, ¿no?

MATA-HARI- Sí... muy importantes.

BEBÉ- ¿Acepto el contrato del Metropol? Debutaríamos un lunes.

MATA-HARI- ¿Un lunes? Nada podría alegrarme más.

(Cambio de luces. Regresamos al Consejo de Guerra.)

PRESIDENTE- Debutaron ustedes un lunes.

BEBÉ- Sí.

PRESIDENTE- En el Metropol de Berlín.

BEBÉ- Sí.

PRESIDENTE- Era ya 1914.

BEBÉ- Sí.

PRESIDENTE- Iba a estallar la Primera Guerra Mundial.

MATA-HARI- Sí, señor Presidente, pero de esto -como de otras cosas- tampoco yo tuve la culpa.

(Oscuro.)

Parte II

**En el mismo espacio escénico de la Primera Parte,
continúan las sesiones del Consejo de Guerra.**

PRESIDENTE- El señor fiscal tiene la palabra.

(El FISCAL se dirige a MATA-HARI.)

FISCAL- ¿Le importa a usted que retomemos su historia donde la habíamos dejado?

MATA-HARI- Como quiera.

FISCAL- El día de la declaración de guerra le sorprendió a usted -es una manera de hablar, naturalmente- bailando con el barón Von Jagow, Prefecto de Policía de Berlín, en un restaurante de aquella ciudad. ¿Es esto cierto?

MATA-HARI- Lo es.

FISCAL- Había usted llegado a Berlín unos meses antes. Exactamente en julio de 1914.

MATA-HARI- Sí.

FISCAL- ¿Por qué?

MATA-HARI- Tenía un contrato para actuar en el Metropol, y a se lo he dicho.

FISCAL- ¿Un contrato que le había surgido de repente?

MATA-HARI- Todos los contratos surgen de repente: es lo que diferencia a un artista de un funcionario.

FISCAL- Insisto en que en julio de 1914 -a punto de empezar la guerra- abandonó usted rápidamente su casa en París, liquidando incluso sus muebles, para viajar a Alemania. Alguien le esperaba, ¿verdad?

MATA-HARI- Sí.

FISCAL- ¿Quién?

MATA-HARI- Mi público. En aquella época yo interpretaba un baile de mucho éxito. Se llamaba «La danza delante de la guillotina». Curioso título, ¿no cree?

FISCAL- Cuando llegó usted a Berlín, el Prefecto de Policía la estaba esperando en la estación.

MATA-HARI- Nos habíamos conocido en su época de censor de espectáculos, la primera vez que actué en aquella ciudad.

FISCAL- Y entablaron ustedes «cierta» amistad.

MATA-HARI- ¿Por qué no? Siempre fue un hombre muy educado.

FISCAL- ¿Tanto como el señor Kiepert, aquel otro viejo amigo que también conoció usted en 1906?

MATA-HARI- Más o menos.

FISCAL- ¿Era su amante? (Como MATA-HARI no contesta, el FISCAL repite su pregunta.) Le estoy preguntando si el Barón Von Jagow, Prefecto de Policía de Berlín, era su amante.

DEFENSOR- Protesto, señor Presidente.

PRESIDENTE- Denegada la protesta. (A MATA-HARI.) Responda.

MATA-HARI- Sí, lo era.

FISCAL- Le encargó a usted una misión de confianza y le pagó treinta mil francos. ¿Es exacto?

MATA-HARI- ¿Qué quiere usted decir con «una misión de confianza»? Todos los hombres encargan misiones de confianza a sus amantes.

FISCAL- ¿En el frente?

MATA-HARI- En la cama.

FISCAL- Señora Margarita Gertrudis Zelle: tengo la impresión de que no comprende que en este proceso se está usted jugando la vida.

DEFENSOR- Protesto, señor Presidente. El señor fiscal está intentando atemorizar a mi defendida.

FISCAL- Me limito a recordarle que está aquí, delante de este tribunal, acusada de espionaje. Y que dicha acusación puede terminar -de probarse los hechos- en una sentencia de muerte.

PRESIDENTE- Señora Zelle, ¿de qué hablaron el Barón Von Jagow y usted aquel día de la declaración de guerra?

MATA-HARI- ¿De qué? De mí, naturalmente.

PRESIDENTE- ¿Nada más?

MATA-HARI- Bueno, es posible que habláramos de otras cosas, pero no, desde luego, de la misma importancia.

(Cambio de luces. Berlín. Músicaailable. MATA-HARI y VON JAGOW bailan en un restaurante.)

VON JAGOW- Está usted muy guapa esta noche.

MATA-HARI- ¿Tanto como el día que nos conocimos?

VON JAGOW- Más. Aquel fue un conocimiento, digamos... profesional.

MATA-HARI- ¿Por qué quiso usted prohibir mi espectáculo en el Metropol?

VON JAGOW- No, yo no quise. Me habían asegurado que salía usted desnuda y mi obligación era comprobarlo. Los censores tenemos con frecuencia estos penosísimos deberes.

MATA-HARI- Nunca he comprendido por qué a los policías les preocupa tanto la moral pública.

VON JAGOW- Tal vez para desahogar un poco su moral privada.

(Se ríe como quien acaba de hacer una gracia.)

MATA-HARI- Se dice que Alemania va a declarar la guerra.

VON JAGOW- ¿Sólo se dice? Ya la ha declarado.

(MATA-HARI interrumpe el baile.)

MATA-HARI- No le creo.

VON JAGOW- ¿Por qué?

MATA-HARI- Porque en ese caso no estaría usted aquí conmigo.

VON JAGOW- Esto es Berlín, no una trinchera: hay tiempo para todo... todavía. Además no creo que esta vaya a ser una guerra ni demasiado larga ni demasiado importante. Nuestros militares se aburrían y no conviene que los militares se aburran. De cuando en cuando hay que procurar que se distraigan «fuera», no se les vaya a ocurrir distraerse «dentro».

MATA-HARI- ¿Está usted seguro de que esto no va a ser otra cosa que una «distracción»?

(VON JAGOW se pone repentinamente serio.)

VON JAGOW- Estoy seguro de que la guerra es necesaria y de que nuestro Ejército es invencible. **(Luego, cambia de tono.)** ¿Seguimos bailando? **(Vuelven a bailar.)** Mi admirada Mata-Hari, no debe usted inquietarse: aunque sólo quedara un hombre vivo en Europa, ese sería para usted.

MATA-HARI- Gracias, pero una guerra...

VON JAGOW.- ¡Por favor...! ¿Tanto le interesa la guerra?

(MATA-HARI le da un hábil quiebro a la conversación.)

MATA-HARI- No... La guerra, no mucho; los militares, en cambio, muchísimo.

(Al PREFECTO DE POLICÍA -hombre al fin- le encanta esta frase, en vista de lo cual enlaza a MATA-HARI más estrechamente.)

VON JAGOW.- Ahora soy yo quien le da las gracias.

MATA-HARI- Siempre me ha fascinado el Ejército: los desfiles, las maniobras...

VON JAGOW.- Y le gustaría presenciar...

MATA-HARI- Claro que me gustaría, aunque supongo que es imposible.

VON JAGOW.- Nada es imposible. Veremos. La semana próxima tengo que ir a Silesia...

(MATA-HARI, bruscamente, deja de bailar e impreca - a la vez que cambian las luces y termina la música- al FISCAL.)

MATA-HARI- ¡Falso! Nunca fui a Silesia.

FISCAL.- ¿Niega usted que estuvo presenciando unas pruebas de Carros de Combate?

MATA-HARI- Lo niego.

FISCAL.- Volvamos al día de la declaración de guerra: al conocer el pueblo alemán la noticia, se organizó en Berlín una enorme manifestación que recorrió las calles cantando himnos militares. Usted, acompañada del Prefecto de Policía, se mezcló con la multitud compartiendo su entusiasmo.

MATA-HARI- Nunca he intervenido en manifestaciones antifrancesas ni en Berlín ni en ningún otro sitio. En cuanto al entusiasmo de la multitud, es posible que estuviera provocado, simplemente, por mi presencia. Recuerdo que aquel día llevaba un traje muy llamativo.

PRESIDENTE- No es el momento más indicado para permitirse ciertas ingeniosidades, señora. Está usted acusada de haber ejercido espionaje dentro y fuera de nuestro territorio en favor del enemigo.

DEFENSOR- Ruego al señor Presidente que no se tenga en cuenta la última frase de mi defendida.

PRESIDENTE- Está bien. Puede continuar el señor Fiscal.

FISCAL- ¿Le dice a usted algo la clave H-21?

MATA-HARI- No.

FISCAL- ¿Confiesa que con esta clave era reconocida por el Prefecto de policía alemán?

MATA-HARI- Mis amantes siempre me han reconocido por mi nombre y por algún que otro detalle, señor Fiscal.

FISCAL- ¿Era o no era usted H-21?

MATA-HARI- No, no lo era.

FISCAL- Nos consta que ya antes de 1914 estaba usted al servicio de los alemanes con la ficha H-21.

MATA-HARI- No es verdad. Antes de la guerra me limitaba -como siempre he hecho- a mi actividad artística.

FISCAL- Que no justifica en absoluto sus inmensas ganancias.

MATA-HARI- Me parece que ya ha quedado claro -y no me resulta incómodo aunque sí un tanto aburrido tener que insistir sobre esta circunstancia- que mis ingresos como bailarina se veían complementados con mis otros ingresos como cortesana. ¿O preferiría usted un término menos literario, señor Fiscal?

(El PRESIDENTE anuncia:)

PRESIDENTE- Testigo comandante Robert Ladoux.

MATA-HARI.- (MATA-HARI le dice al PRESIDENTE.) Señor Presidente: he amado a hombres muy importantes, es verdad. Algunos de ellos eran alemanes; otros, franceses. Casi todos -y me enorgullezco en decirlo- eran militares. ¿Va a ser capaz este Consejo de Guerra de reprocharme mi amor por los uniformes?

(El halago produce un efecto distinto al deseado por MATA-HARI, porque el PRESIDENTE contesta fríamente.)

PRESIDENTE.- Tiene usted sobre su conciencia la muerte de miles de soldados franceses. Guárdese, para mejor ocasión, este tipo de comentarios.

DEFENSOR.- Ruego al señor Presidente...

(Pero ya está el comandante ROBERT LADOUX delante del tribunal.)

PRESIDENTE.- Comandante Ladoux: ¿era usted el año pasado -es decir, en 1916- jefe del departamento encargado de los servicios de espionaje y contraespionaje franceses?

LADOUX.- Sí, señor Presidente: lo era y lo sigo siendo.

PRESIDENTE.- Bien. Puede usted empezar.

LADOUX.- Nos interesamos por la vida de Margarita Gertrudis Zelle, Mata-Hari, mucho antes de que estallara la guerra. Su rápida carrera artística en París, el influyente círculo de sus amistades íntimas, los escándalos de sus desnudos... Ganaba mucho dinero... tanto como gastaba, por supuesto: sus coches, sus caballos, sus pieles, sus collares de piedras preciosas... Y sin embargo... ¡qué raro! A principios de 1914 uno de nuestros colaboradores -el Doctor Rizard-, en una de sus habituales consultas médicas, la encontró en una casa de prostitución de la rue Troyon. Una casa de lujo, claro.

DEFENSOR.- Absurdo, totalmente absurdo. ¿Que necesidad podría tener Mata-Hari: de estar en una casa de citas?

LADOUX.- Yo sólo he dicho que el Doctor Rizard la

«encontró» allí. Como es lógico, ignoro si como pupila o como cliente.

DEFENSOR.- ¿Qué está usted insinuando, señor Ladoux?

LADOUX.- Nada... en absoluto... nada.

DEFENSOR.- Por favor, señores, ¡qué historia tan fantástica! Ni Mata-Hari ha tenido nunca aficiones homosexuales ni una artista que ganaba tanto dinero -como aquí mismo acaba de reconocerse- hubiera accedido a trabajar, además, como prostituta.

FISCAL.- A menos que...

DEFENSOR.- ¿Qué?

FISCAL.- Que tuviera que justificar sus ingresos de esta manera.

DEFENSOR.- ¿Sus ingresos como bailarina?

FISCAL.- No, señor Clunet, sus ingresos como espía.

DEFENSOR.- Señor Presidente...

PRESIDENTE.- De acuerdo, de acuerdo, admitida la protesta. Señor Ladoux, puede usted seguir con su declaración.

LADOUX.- Gracias, señor Presidente. Durante algún tiempo le perdimos la pista: un poco por su culpa y otro poco por la nuestra: los alemanes nos atacaban y, naturalmente, teníamos otras cosas de qué ocuparnos. Parece ser que pasó varios meses en Holanda como amante de un conocido banquero, un tal Schalk o algo así; en cualquier caso, tuvimos la seguridad de que no había vuelto a pisar suelo francés. Hasta que un día...

PRESIDENTE.- Sí.

LADOUX.- Recibí un cable cifrado desde Nápoles avisándome de que Mata-Hari, a bordo de un buque japonés, se dirigía a Marsella. Durante la travesía había hecho amistad -parece que íntima- con el Coronel Ussé, uno de los Jefes del Alto Mando de nuestro país. Después supe que, ya en Marsella, se fueron a vivir juntos al Hotel Royal. Naturalmente, como su relación con el Coronel Ussé despertó de nuevo mis sospechas de espionaje, di órdenes de que me mantuvieran informado de sus movimientos. A los nueve días exactamente, cuando Mata-Hari llegó a París, la

cité en mi despacho.

(Cambio de luces. Despacho de LADOUX.)

MATA-HARI- ¿Quería usted verme, inspector?

LADOUX.- Sí, quería verla. Y no soy inspector, sino comandante.

MATA-HARI- Perdóneme. ¿Desea usted algo de mí?

LADOUX.- Dirijo los servicios de contraespionaje de este departamento.

MATA-HARI- ¿Y...?

LADOUX.- Y... tenemos sospechas de que trabaja usted para los alemanes.

MATA-HARI- ¿Sólo sospechas?

LADOUX.- Pues, sí. De momento, sólo sospechas.

MATA-HARI- En este caso... ¿puedo marcharme?

LADOUX.- Después de algún tiempo ha regresado usted a Francia en un barco japonés -el Daibutsu- vía Nápoles y, nada más llegar, se ha alojado usted en el Hotel Royal de Marsella haciéndose pasar por la esposa del Coronel francés Ussé.

MATA-HARI- No, no, disculpe. Siempre me atribuyen cosas que no hago. Yo no me he hecho pasar por la esposa del Coronel Ussé; por el contrario, ha sido él quien me ha hecho pasar por su esposa. El Coronel -y usted debe saberlo, inspector...

LADOUX.- Comandante.

MATA-HARI- ... Comandante- está casado.

LADOUX.- El Coronel Ussé se hizo su amante durante la travesía en el Daibutsu.

MATA-HARI- Es verdad. No pude resistirme... olía muy bien a Lanvin.

LADOUX.- Estoy pensando en obligarla a salir de este país.

MATA-HARI- Sería un error: sin pruebas...

LADOUX- Estamos en guerra, no lo olvide.

MATA-HARI- ¿Por qué se empeña en ver en mí a una espía en vez de limitarse a contemplar a una mujer?

LADOUX- No me pagan por contemplar mujeres.

MATA-HARI- Ya. Sólo por detenerlas.

LADOUX- Tampoco... exactamente.

MATA-HARI- Lo siento. ¿Entonces quedamos en que no tiene pruebas contra mí?

LADOUX- Por ahora.

MATA-HARI- Dígame Coronel...

LADOUX- Comandante.

MATA-HARI- Comandante: ¿puedo pedirle un favor?

LADOUX- Depende.

MATA-HARI- Necesito ir al Balneario de Vittel.

LADOUX- ¿A tomar las aguas?

MATA-HARI- Por favor, no se burle: es algo importante para mí.

LADOUX- ¿Como bailarina?

MATA-HARI- Como mujer.

LADOUX- ¡Qué extraño! ¿A Vittel? ¿Para qué quiere ir usted a Vittel?

(Cambio de luces. De nuevo en el juicio)

PRESIDENTE- Sí: ¿para qué quería ir usted a Vittel?

FISCAL- ¿Para qué? Yo voy a decírselo, señor Presidente: porque Vittel es un centro de recuperación clínica de muchos de nuestros oficiales heridos de los que la acusada podía obtener valiosísimas informaciones militares.

DEFENSOR- Protesto, señor Presidente.

PRESIDENTE.- Denegada la protesta. Comandante Ladoux: ¿concedió usted a la acusada el salvoconducto para trasladarse a Vittel?

LADOUX.- Sí.

PRESIDENTE.- ¿Por qué?

LADOUX.- Pensé que era mejor dejarla actuar; aunque vigilándola, naturalmente. Estaba convencido de que así acabaría delatándose.

(El PRESIDENTE se dirige ahora a MATA-HARI.)

PRESIDENTE.- ¿Confiesa usted que fue a Vittel por razones de espionaje?

MATA-HARI.- No, señor Presidente, yo fui a Vittel únicamente por amor.

(Cambian las luces. MATA-HARI cuenta como para ella misma.)

MATA-HARI.- Nada tan parecido a la muerte como el amor. Quizá porque ambos nacen, crecen y terminan del mismo modo: como algo que se escapa de nosotros mismos. Nunca quise enamorarme y sin embargo... Si me dieran la posibilidad de elegir ahora -un poco antes de que esa sentencia se dicte- un momento de mi vida, ese sería la noche en que conocí a Vadim Maslof. ¿Qué importancia tienen todas las anécdotas, todos los datos, todos los argumentos de este tribunal cuando me acuerdo de él, cuando soy capaz todavía de repetir su nombre en voz baja: Vadim Maslof...

Le conocí en París. Era Capitán del Segundo Regimiento de Infantería del Cuerpo Expedicionario ruso en Francia.

Nos presentó un oficial francés en un palco de la Ópera. Los Ballets Rusos estaban interpretando *La consagración de la Primavera*, me parece. La gran estrella era Nijinski. Y el director, por supuesto, Diaghilev, ese que nunca quiso trabajar conmigo.

(Cambio de luces. Música. París: un lugar indeterminado, tal vez el palco de la Ópera. Aparece VADIM MASLOF.)

VADIM- Hola.

MATA-HARI- Hola.

VADIM- Sólo tengo cinco días. ¿Los quieres?

MATA-HARI- ¿Es una tentación?

VADIM- Es un regalo.

MATA-HARI- No parece mucho.

VADIM- Antes de la guerra, no sé; ahora... muchísimo. Vengo del frente. Y he de volver; pueden matarme.

MATA-HARI- Sí, claro, a todos pueden matarnos en esta guerra estúpida. Por favor... no me gustan los melodramas.

VADIM- Cinco días no son un melodrama: son una realidad.

MATA-HARI- ¿Y en nombre de qué tendría yo que pasar cinco días contigo?

VADIM- En nombre del amor.

MATA-HARI- ¿El tuyo?

VADIM- El nuestro.

MATA-HARI- He deshecho demasiadas camas para creer todavía en eso.

VADIM- Entonces, una más...

MATA-HARI- Ah, bueno, planteadas así las cosas... Creí que me estabas pidiendo amor. ¿Eres rico?

VADIM- He cobrado unos atrasos... Me los dieron para que pudiera venir a París... a este permiso.

MATA-HARI- ¿Cuánto?

VADIM- Unos tres mil francos.

MATA-HARI- ¿Y con tres mil francos quieres comprarme?

VADIM- No; yo sólo quiero enamorarte.

MATA-HARI- ¿En qué quedamos? ¿Quieres mi amor o mi cama?

VADIM- Una cosa después de otra, ¿no crees?

MATA-HARI- Tengo un precio más alto.

VADIM- Tres mil francos en cinco días no está mal. Puedo alquilar una suite en el Grand Hotel... Llevarte a cenar a Maxim's...

MATA-HARI- No necesito tu dinero.

VADIM- Ya lo sé; estoy intentando que me necesites a mí.

MATA-HARI- No quiero necesitar a alguien: nunca lo he hecho.

VADIM- A lo mejor porque nunca me habías conocido.

MATA-HARI- Tienes la insolencia de la juventud. ¿Cuántos años?

VADIM- Veintitrés.

MATA-HARI- ¿Y yo? ¿Cuántos crees que tengo yo?

VADIM- Las diosas no envejecen.

MATA-HARI- ¿Dónde has aprendido a decir estas frases? ¿En Rusia?

VADIM- Puede ser; tenemos una literatura excelente.

(MATA-HARI lo mira con más cuidado.)

MATA-HARI- Eres guapo.

VADIM- ¿Sí?

MATA-HARI- Sí, sí, eres guapo... yo entiendo de eso. Guapo y joven.

(MATA-HARI se ríe un poco.)

VADIM- ¿De qué te ríes?

MATA-HARI- Tiene gracia: Mata-Hari jugando al amor con un niño.

VADIM- ¿Un niño?

MATA-HARI- Casi. ¿Cómo has dicho que te llamas?

VADIM- Vadim, Vadim Maslof.

MATA-HARI- ¿Y sólo tienes cinco días?

VADIM- Y tres mil francos.

MATA-HARI- Entonces no perdamos un minuto: ven.

(MATA-HARI le toma del cuello y le da un largo beso en la boca. Cambio de luces. Volvemos al juicio.)

PRESIDENTE- Y después de estos cinco días, ¿qué pasó?

MATA-HARI- Nada: el tiempo. Al cabo de unos meses, me enteré de que Vadim Maslof había sido herido en un ojo, que se estaba quedando ciego y que se encontraba en el Hospital Militar de Vittel. Entonces... bueno... le pedí al comandante Ladoux un salvoconducto para ir allí.

FISCAL- A cuidar al Capitán Maslof.

MATA-HARI- Sí.

FISCAL- Como una hermana.

MATA-HARI- No, señor Fiscal, como una amante.

FISCAL- Ya, ya, Vadim Maslof... Una aventura romántica, conmovedora... si la muerte de nuestros soldados le pudiera permitir a este tribunal el lujo de dejarse conmover.

DEFENSOR- Señor Presidente: el señor Fiscal no debe calificar los sentimientos personales de mi defendida.

FISCAL- ¿Sentimientos personales? ¿Llama usted «sentimientos personales» a una traición? No hemos venido aquí a escuchar un folletín más o menos teatralizado, sino a

juzgar la conducta criminal de una espía.

DEFENSOR.- No es criminal enamorarse, señor Fiscal, aunque tal vez la experiencia privada de su señoría pueda hacerle suponer otra cosa.

FISCAL.- Protesto, señor Presidente.

PRESIDENTE.- Aceptada la protesta.

DEFENSOR.- Mi defendida fue a Vittel únicamente a visitar al Capitán Maslof.

FISCAL.- No, señor Clunet, no: su defendida fue a Vittel a espiar.

DEFENSOR.- No es cierto. No tiene usted pruebas que lo demuestren.

(El FISCAL se dirige ahora a MATA-HARI.)

FISCAL.- Díganos: ¿era o no era usted ya H-21 cuando fue a Vittel?

MATA-HARI.- Cuando fui a Vittel, a cuidar al capitán Maslof, yo era simplemente una mujer enamorada.

FISCAL.- ¿Usted? ¿La mayor cortesana de Europa, la bailarina que se exhibía desnuda en los escenarios de todo el mundo? ¿Usted enamorada?

MATA-HARI.- Todos tenemos derecho al amor: hasta las cortesanas.

FISCAL.- Y a la equivocación.

MATA-HARI.- Sí, y a la equivocación.

FISCAL.- El capitán Maslof era demasiado joven para usted.

MATA-HARI.- Y usted demasiado estúpido para mí.

DEFENSOR.- Señor Presidente, el señor Fiscal está conduciendo su interrogatorio a un terreno del todo impropio.

PRESIDENTE.- Señora Margarita Gertrudis Zelle: ¿Tiene usted algo que añadir sobre sus relaciones con el capitán Maslof?

MATA-HARI- Es curioso: que el único amor de mi vida pueda, a lo mejor, conducirme a la muerte. Cuando conocí a Vadim Maslof, él tenía 23 años. Yo acababa de cumplir los 40. Vadim reunía todas las condiciones para convertir el tópico en una realidad. ¿Cómo no aceptarlo? Aun a riesgo de jugarse la vida. Nunca traicionaré su recuerdo. Decida usted lo que quiera, señor Presidente. Lo que ocurrió entre el capitán Maslof y yo es un asunto que nos concierne únicamente a los dos.

FISCAL.- El capitán Maslof... Voy a leerle el testimonio que nos ha remitido el capitán Maslof, señora.

(El FISCAL elige entre sus papeles.)

FISCAL.- Con la venia, señor Presidente: «Yo, Vadim Maslof, capitán del Segundo Regimiento de Infantería del Cuerpo Expedicionario ruso en Francia, declaro bajo juramento y por mi honor militar que, a mi regreso al frente de guerra después de haber permanecido recuperándome de mis heridas en el Centro Hospitalario de Vittel, fui llamado por el General a cuyas órdenes estaba y requerido para que rompiera definitivamente mis relaciones con Margarita Gertrudis Zelle, Mata-Hari, a quien se considera una peligrosa aventurera y prostituta. Atendiendo las razones de mi General, acepté de buen grado sus órdenes».

(Una gran pausa. MATA-HARI comenta casi sin voz:)

MATA-HARI- ¿Ha dicho él... «prostituta»?

FISCAL.- Aquí está. ¿Quiere usted comprobarlo?

MATA-HARI- No hace falta, señor Fiscal: gracias.

(El FISCAL repite la pregunta que había hecho mucho antes.)

FISCAL.- ¿Era o no era usted H-21?

(MATA-HARI -a la que ahora todo parece darle igual-
acepta.)

MATA-HARI- Lo era.

(Cambian las luces. Hay una música. El FISCAL
explica.)

FISCAL.- Siempre lo fue. Desde que en 1914, en Berlín, aceptó trabajar para los alemanes. Tal vez antes... tal vez desde que conoció a Hans Kiepert y al Barón Von Jagow. Como es natural, nuestros servicios de contraespionaje comenzaron a vigilarla más estrechamente: sus continuos viajes, sus relaciones sentimentales con algunos de nuestros políticos o altos funcionarios, su contacto íntimo con ciertos militares que conocían, lógicamente, nuestras próximas maniobras en los campos de batalla y, por último, su regreso a Francia desde Nápoles, su aventura con el Coronel Ussé y su visita al Hospital de Vittel. Un día, sin embargo, algo nos sorprendió: la acusada se presentó de nuevo en el despacho del Comandante Ladoux y se ofreció para trabajar -a cambio de una importante retribución económica- como espía al servicio de la causa francesa. El comandante Ladoux, inteligentemente, aceptó, aunque al mismo tiempo le tendió una trampa. Sólo había que esperar a que Mata-Hari llegara a Madrid. Allí tendríamos la prueba palpable de que Mata-Hari y el agente H-21 eran la misma persona.

(Cambio de luces. Hotel Palace de Madrid. En escena
VON KALLE, agregado militar alemán, y PIERRE
DANVIGNÉS, agregado militar francés.)

MATA-HARI- ¿Von Kalle?

VON KALLE- Sí.

MATA-HARI- Mata-Hari.

VON KALLE- Siéntese.

MATA-HARI- Gracias.

VON KALLE- ¿Quiere tomar algo?

MATA-HARI- No; ahora, no. Prefiero que hablemos del tema que me ha traído aquí, si no le importa.

VON KALLE- Usted dirá.

MATA-HARI- Supongo que sabe usted que acabo de llegar a Madrid.

VON KALLE- Por supuesto. Del mismo modo que usted sabe quién soy yo.

MATA-HARI- Es usted el capitán Von Kalle, agregado militar de la embajada alemana... por supuesto.

VON KALLE- Exacto.

MATA-HARI- ¿Confía usted en mí? ¿Necesita algún tipo de identificación?

VON KALLE- No, no la necesito. La creo.

MATA-HARI- ¿Por qué?

VON KALLE- Porque me ha llamado usted capitán y desde hace seis meses soy comandante. Un agente del enemigo no podría cometer la torpeza de ignorar mi ascenso.

MATA-HARI- Es usted muy listo, comandante.

VON KALLE- Gracias, H-21.

(Hay una pausa. Los dos sonrían. MATA-HARI continúa:)

MATA-HARI- Quisiera conocer el nombre del agregado militar francés.

VON KALLE- ¿Se refiere usted al funcionario que en la Legación francesa desempeña las funciones que yo ejerzo en nuestra Embajada?

MATA-HARI- Sí.

VON KALLE- Danvignés, Pierre Danvignés: coronel.

MATA-HARI- He de arrancarle algunas informaciones. ¿Sabe usted dónde podría tener un encuentro «casual» con él?

VON KALLE- Aquí mismo. Acostumbra a tomar el

aperitivo todas las mañanas en el Palace.

MATA-HARI- Gracias. Haré lo posible por encontrarlo.

(Se levantan. MATA-HARI añade:)

MATA-HARI- Y a usted... ¿dónde se le puede encontrar otra vez?

VON KALLE- Mi habitación es la 102.

MATA-HARI- Justo al lado de la mía. Qué casualidad, ¿no le parece?

VON KALLE- Sí. Qué casualidad.

(MATA-HARI se despide y VON KALLE vuelve a sentarse. Luego, MATA-HARI recorre el pequeño espacio que la separa del otro tresillo, aquel en el que está PIERRE DANVIGNÉS.)

MATA-HARI- Buenos días, coronel.

(El coronel DANVIGNÉS se levanta.)

DANVIGNÉS- Buenos días, señora...

MATA-HARI- Mata-Hari.

DANVIGNÉS- ¿Mata-Hari? ¿Es posible?

MATA-HARI- Lo es.

DANVIGNÉS- Bienvenida a España. Bienvenida a Madrid. ¿Quiere usted sentarse?

MATA-HARI- Gracias.

(Se sientan los dos.)

DANVIGNÉS- ¿Desea tomar algo?

MATA-HARI- No; ahora no. ¿Me esperaba usted?

DANVIGNÉS.- Pues... sí; no sabía el día exacto... pero sí. Me informaron de que había usted desembarcado en Gijón, después de que los ingleses la impidieran continuar su viaje. En realidad, creí que llegaría usted un poco antes.

MATA-HARI.- Imposible. Con estas carreteras españolas... imposible.

DANVIGNÉS.- ¿Va usted a regresar a París?

MATA-HARI- No lo sé. De momento, no.

DANVIGNÉS.- Supongo que está usted en contacto con el comandante Ladoux, nuestro jefe de contraespionaje.

MATA-HARI- Claro.

DANVIGNÉS.- Claro.

(Sonríen. Se miran. MATA-HARI se adelanta a los acontecimientos.)

MATA-HARI- ¿Desconfía usted de mí, coronel Danvignés?

DANVIGNÉS.- En absoluto.

MATA-HARI- En este caso, ¿por qué no me invita a almorzar mañana?

(Cambio de luces. Un proyector sobre PIERRE DANVIGNÉS que cuenta al Tribunal.)

DANVIGNÉS.- Estábamos convencidos de que Mata-Hari llevaba un doble juego. Naturalmente -al margen de mi lógica y disculpable debilidad por ella- yo estaba en contacto directo con París a la espera de las órdenes que me enviara nuestro servicio de contraespionaje. Un día me avisaron de que se había interceptado, a través de la Torre Eiffel, un mensaje cifrado desde Madrid que el agregado militar alemán había enviado a sus superiores en Berlín. Este era su texto.-«Agente H-21 pide que se le envíen inmediatamente, por intermedio del Cónsul Kramer de Amsterdam, cinco mil francos al Banco de Crédito de París. Desea recibir cuanto

antes confirmación telegráfica».

Esta era la prueba que necesitábamos: si Mata-Hari regresaba a Francia para recoger el dinero tendríamos la seguridad de que ella era H-21.

Me alegré. Sí, debo confesarlo: me alegré. Mata-Hari acababa de dejarme para irse a vivir al Hotel Ritz con un senador catalán que se llamaba Joaquín Fenoll. Un error, porque ¿cómo se puede comparar a un agregado catalán con un agregado militar francés? Lástima.

(Cambio de luz. Habitación del Hotel Ritz. En escena MATA-HARI y JOAQUÍN FENOLL.)

MATA-HARI- ¿A qué hora vas a volver?

FENOLL- Tarde, supongo. Hoy habrá en el Senado un debate bastante largo. Podemos cenar juntos... si quieres.

MATA-HARI- Claro que quiero. ¿Por qué lo preguntas?

FENOLL- No sé.

MATA-HARI- Joaquín, estoy contigo porque me apetece. No existe otra razón. Y el día que deje de apetecerme me iré.

(FENOLL parece preocupado.)

MATA-HARI- ¿Qué te pasa?

FENOLL- Nada. Problemas de la edad... seguramente.

MATA-HARI- La edad... la edad... siempre tu edad.

FENOLL- Tengo 47 años.

MATA-HARI- ¿Y qué?

FENOLL- Que me sorprende tener esta historia contigo.

MATA-HARI- A tu edad.

FENOLL- Sí.

MATA-HARI- Y estás celoso.

FENOLL.- Puede.

MATA-HARI.- Y por eso, cuando Romanones, Dato y Cambó quisieron conocerme, tú te negaste a presentármelos.

FENOLL.- Quizás.

MATA-HARI.- Eres un niño. Un niño grande... viejísimo... de 47 años... pero un niño.

FENOLL.- No te rías.

MATA-HARI.- No, no me río. Me acuerdo de otro niño que conocí hace tiempo.

(Efectivamente, ninguno de los dos se ríe.)

FENOLL.- Te quiero.

MATA-HARI.- Me quieres... No: crees que me quieres.

FENOLL.- ¿Cuál es la diferencia?

MATA-HARI.- Ninguna; es verdad.

FENOLL.- Vente a vivir conmigo.

MATA-HARI.- ¿A Barcelona?

FENOLL.- ¿Por qué no?

MATA-HARI.- Joaquín, tú eres una persona importante en este país. ¿Cómo va a vivir un senador de Alfonso XIII con una bailarina?

FENOLL.- Tú eres algo más.

MATA-HARI.- Ah, sí. Yo soy Mata-Hari: se me había olvidado. Y a ti.

FENOLL.- Podríamos casarnos.

MATA-HARI.- No, Joaquín, gracias... pero no.

FENOLL.- ¿Nunca?

MATA-HARI.- En la India nunca decimos nunca. Sólo decimos... de momento.

FENOLL.- Está bien. Vayámonos mañana a Barcelona... de momento.

MATA-HARI- No puedo. Estoy esperando un telegrama urgente de Alemania: te lo he dicho.

FENOLL- ¿Tan importante es ese telegrama?

MATA-HARI- Lo suficiente como para obligarme a viajar a París... cuando lo reciba.

FENOLL- ¿Para siempre?

MATA-HARI- Tampoco en la India decimos «siempre».

(**FENOLL dice algo que está pensando desde hace tiempo.**)

FENOLL- Ten cuidado.

MATA-HARI- ¿Cuidado?

FENOLL- No estoy seguro de que te convenga regresar a París.

MATA-HARI- ¿Por qué?

FENOLL- Hay quien dice que trabajas para los alemanes.

MATA-HARI- Mentira.

FENOLL- Ya sé que es mentira, pero lo dicen.

MATA-HARI- Absurdo. Los franceses son amigos míos. Como yo de ellos.

FENOLL- ¿Estás segura?

MATA-HARI- Segura. Existen pruebas mutuas de esta amistad, no te preocupes.

(**Se calla. Comprende que a lo mejor ha ido demasiado lejos.**)

FENOLL- Cenamos esta noche.

MATA-HARI- Cenamos.

FENOLL- Hasta luego.

MATA-HARI- Adiós.

(Cuando FENOLL va a marcharse. MATA-HARI le pregunta:)

MATA-HARI.- ¿Qué día es hoy?

FENOLL.- Lunes, ¿por qué?

MATA-HARI.- Por nada.

(JOAQUÍN FENOLL se va. Al cabo de algún tiempo, llaman a la puerta. MATA-HARI abre.)

DONCELLA.- Ha llegado este telegrama.

MATA-HARI.- Gracias.

(La DONCELLA se va. Cuando MATA-HARI vuelve a quedarse sola, abre el telegrama y lo lee. Parece que el texto le interesa mucho. Después, va a un teléfono, lo descuelga y dice.)

MATA-HARI.- ¿Conserjería? Resérvenme una cama en el expreso que sale esta tarde para París. Gracias.

(Cambio de luces. Volvemos al juicio.)

PRESIDENTE.- Margarita Gertrudis Zelle salió de Madrid el 4 de enero de 1917 y fue detenida el 13 de febrero a las seis de la mañana en su habitación del Hotel Elysée Palace de París.

DEFENSOR.- Sí, señor Presidente, y hasta ayer 24 de julio no se ha iniciado el proceso. Es decir, que mi defendida ha tenido que pasar cuatro meses, cuatro largos meses, en su celda de la prisión de Saint Lazare esperando que ustedes se dignaran comenzar este juicio.

FISCAL.- ¿Por qué se compadece usted tanto de una vulgar espía, señor Clunet? ¿No será porque también usted estuvo -o sigue estando- enamorado de ella?

DEFENSOR.- Mi vida privada, señor Fiscal, nada tiene

que ver con mi actuación como abogado. Me gustaría que tuviera usted el buen gusto de recordarlo.

FISCAL.- Estamos en guerra, todos los días mueren cientos de soldados franceses en los campos de batalla. ¿No cree usted que también debo acordarme de ellos?

DEFENSOR.- Y de su ética profesional, ¿se acuerda usted? Hasta que se dicte la sentencia, jurídicamente hablando, mi defendida es inocente.

FISCAL.- Si su defendida es inocente, ¿por qué regresó a París para recoger los cinco mil francos que le enviaban a través de Amsterdam?

DEFENSOR.- Necesitaba dinero para volver a vivir con el capitán Maslof, para casarse con él: estaba enamorada.

FISCAL.- Señor Clunet, me asombra que arguya usted una excusa tan estúpida. A no ser que acepte usted que el amor, a partir de cierta edad, puede convertirse en un espectáculo deprimente.

DEFENSOR.- No hay espectáculo más triste que el que está ofreciendo París en estos momentos. Todo el mundo quiere vengarse de Mata-Hari, todo el mundo se atreve a utilizarla... en las calles... en los periódicos... en los cabarets... en los music-halls... Todo el mundo... hasta los que en otros tiempos fueron sus amigos. Hasta esos.

(Cambio de luces. Un music-hall de París. Sale PAPÁ BEBÉ haciendo un número dedicado a unos supuestos espectadores.)

BEBÉ.- Me enteré de la detención de Mata-Hari en la cama. De manera que le dije a Josefina -Josefina era un camionero guapísimo que hacía la ruta Burdeos-Bruselas cada viernes llevando hortalizas-. «Anda, guapo, levántate y cómprame los periódicos». Cuando Josefina me trajo los diarios, me llevé un soponcio de aquí te espero. Una cosa es que yo no hubiera vuelto a ver a Mata-Hari -que, por cierto, se había portado conmigo fatal porque, como ya se sabe, los holandeses siempre te la dan con queso- y otra que me alegrara de su desgracia. Aparte de que, bueno... no sé... ¿Mata-Hari una espía? Es verdad que en cuanto veía a un militar se ponía nerviosísima y se le caían las bragas al entresuelo, pero... ¿espíar, espíar, lo que se dice espíar, expuesta a que te peguen un tiro en el mismísimo? No sé.

Me puse de su lado. Ella no se enteró, pero me puse. No me volvieron a llamar a declarar en el proceso porque su defensor -que era un poquito cursi porque antes de la guerra veraneaba en Vichy y se le había subido el gas al cerebelo- dijo que la declaración de un mariquita en el Tribunal había causado muy mal efecto. Vamos, como si yo no conociera algún que otro magistrado con más plumas que un avestruz un sábado por la noche camino de Pigalle. Total, peor para ellos. Yo en el juicio había hecho un número «desopilante». Nunca he sabido lo que quiere decir «desopilante», pero es una palabra que utilizo muchísimo. Por ejemplo, cada vez que el camionero me clava el codo en los riñones le grito como si estuviera de parto.- «¡Coño, Josefina, no te pongas "desopilante" que me desgracias!».

En fin, ¿qué más da? A mí me pagan para salir aquí, a contar mi historia con Mata-Hari: y a hacer mi número de siempre como si la vida siguiera igual. Y es que la vida -la del teatro sobre todo- siempre sigue igual. Porque la vida es... ¡desopilante! ¡Música maestro! (PAPÁ BEBÉ **canta.**)

Si quieres ver la verdad
como en el teatro,
como en el teatro,
tienes antes que engañar
como en el teatro,
como en el teatro.
Ponte tu mejor disfraz
como en el teatro,
como en el teatro.
No descubras tu antifaz
como en el teatro,
como en el teatro.
Si quieres ser realidad
como en el teatro,
como en el teatro,
sé primero falsedad
como en el teatro,
como en el teatro.
Y si mueres al final

como en el teatro,
como en el teatro,
sal después a saludar
como en el teatro,
como en el teatro.

(Cambio de luces. De nuevo el juicio. Todos se ponen en pie.)

PRESIDENTE- En nombre del pueblo francés, este Consejo de Guerra condena a la acusada Zelle, Margarita Gertrudis, también conocida como Mata-Hari o H-21, a la pena de muerte.

MATA-HARI- No es posible, no es posible, no es posible.

(Un proyector ilumina al ABOGADO DEFENSOR quien dice -mientras las monjas colocan los mínimos elementos posibles para insinuar una cárcel y suena una música de fondo.)

DEFENSOR- Fue un error. Sólo aceptando el clima de histeria y de miedo que se vivía en París en aquellos días de 1917 se puede comprender una sentencia como aquella. Nunca creí que Mata-Hari fuera culpable. O, al menos, que lo fuera del todo. Es difícil llegar al fondo de los grandes personajes. ¿Qué había de verdad y de mentira en Mata-Hari? ¿Cómo saberlo? Alguna vez he insinuado que fue una embustera... de un modo casi enfermizo. En cualquier caso hay que reconocer que se interpretó a sí misma hasta el final y que fue capaz de morir en nombre de esa interpretación. Si fue una espía, no creo que lo fuera tanto como para merecer la muerte. De todas formas, tengo la convicción de que en el juicio no dijo todo lo que sabía. Siempre he creído que guardaba un secreto que no quiso revelar a nadie, ni siquiera a mí. Sus últimos momentos fueron patéticos pero hermosos. Alguien ha dicho que estaba loca. No, no lo estaba. Aceptó su destino dignamente. No todo el mundo fue tan digno como ella.

(Cambio de luz. La celda de la prisión de Saint Lazare.
En escena, MATA-HARI y PAPÁ BEBÉ.)

BEBÉ- He venido a verte. ¡Qué barbaridad, cuánto papeleo! No querían dejarme. Como no soy de tu familia... Menos mal que tu abogado intervino.

MATA-HARI- ¿Por qué has venido?

BEBÉ- Ya te lo he dicho: quería verte.

MATA-HARI- ¿Para qué? ¿Para añadir otro número a tu espectáculo? ¿Para decir que Mata-Hari está triste, sola... y fea?

BEBÉ- Tú nunca estarás fea.

MATA-HARI- Todo el mundo se burla de mí. Todos me utilizan. Tú también.

BEBÉ- No, yo no.

MATA-HARI- Sí, tú también.

BEBÉ- Es que yo nunca quise ser un héroe, Mata-Hari: yo siempre he sido, modestamente, un profesional. Cuando tú querías pasar a la Historia, yo me limitaba a querer pasar a otro teatro.

MATA-HARI- Aprovecharse de mí cantando cuplés es una mariconada.

BEBÉ- ¿Y qué? También dejarse invadir por los alemanes fue una mariconada y, sin embargo, al final, Francia ganará la guerra. A fin de cuentas, todos terminamos siendo invadidos por alguien: por los alemanes o por un camionero. ¿Qué más da?

MATA-HARI- Hueles a camerino, Papá Bebé; a restaurante de estación, a Hotel de Provincias... A kimono japonés, a maquillaje... y a puchero.

BEBÉ- Por favor... ¡puchero! En todo caso «marmite», «petite marmite».

MATA-HARI- Con el tiempo, nadie se acordará de ti. Y si alguien te recuerda, será para escribir que un día tuviste la fortuna de conocerme.

BEBÉ- Es posible, pero para entonces ya me habré comido todas las sopas de cebolla de todos los bistrots de la rue Saint

Martin.

MATA-HARI- No tienes grandeza, Papá Bebé.

BEBÉ- No la necesito. Ni la quiero. ¿De qué sirve una grandeza que termina delante de un pelotón de ejecución?

MATA-HARI- Me han condenado.

BEBÉ- Sí; te han condenado.

MATA-HARI- ¿Crees que soy culpable?

BEBÉ- Creo que quieres serlo. Si no te hubieran condenado, tu vida carecería de sentido.

MATA-HARI- No soy una mártir.

BEBÉ- No lo sé.

MATA-HARI- Los mártires mueren por una verdad; yo, en cambio, voy a morir por una mentira.

BEBÉ- ¿La de ser una espía?

MATA-HARI- La de ser Mata-Hari.

BEBÉ- Como en el teatro.

MATA-HARI- Como en el teatro.

(Cantan -sin acompañamiento musical-; o sea, interpretan una letra que dice.)

LOS DOS.- Si quieres ser realidad
como en el teatro,
como en el teatro,
sé primero falsedad
como en el teatro,
como en el teatro...
Y si mueres al final
como en el teatro,
como en el teatro,
sal después a saludar,

como en el teatro,

como en el teatro.

(Se interrumpen sonriendo. Hay una pausa.)

BEBÉ- Estás condenada a muerte.

(MATA-HARI se yergue, magnífica, como si estuviera interpretando una escena teatral.)

MATA-HARI- No existe la muerte. Ni la vida. Sólo hay continuas y maravillosas metamorfosis. Únicamente el gusano es inmortal. Tú no puedes comprenderme, Papá Bebé. Yo vengo de otro mundo... de Oriente... y, en el fondo, nada que no llegue de allí puede interesarme. Cuando se habla de patrias, mi corazón se vuelve hacia un país lejano, donde las pagodas de oro se miran en los ríos. Ni yo misma sé con exactitud de dónde soy: ¿de Benarés?, ¿de Golconda?, ¿de Gwalior?, ¿de Madura...? ¿Qué importa? Hay un secreto en mi origen y en mi sangre. Es posible que alguien algún día lo descubra. Que alguien escriba, por ejemplo, que nací en el sur de la India, en las costas de Malabar, en una ciudad santa que se llama Jaffuapatam, y que mi familia pertenece a la casta sagrada de los brahmanes. Que mi madre, bayadera del templo de Kanda Swany, murió a los catorce años, el mismo día de mi nacimiento, y que los sacerdotes, después de incinerarla, me adoptaron y me bautizaron como Mata-Hari: ojo de la aurora, pupila del amanecer... Y es posible también que ese alguien escriba que fui una criatura predestinada porque la gran sacerdotisa me consagró a Siva y me reveló los misterios del amor y de la fe una noche de primavera cuando los fakires saborean las delicias crueles y divinas del paraíso.

BEBÉ- ¡Bravó, Mata-Hari, bravó! Nunca volveré a encontrar una actriz como tú.

MATA-HARI- Merci, Papá Bebé.

(Hay una pausa.)

BEBÉ- Estás condenada a muerte.

MATA-HARI- Ah, sí, la muerte. ¿Por qué hablas tanto de la muerte?

BEBÉ- Todavía hay una esperanza. Tu abogado ha pedido tu indulto al Presidente de la República. Además...

MATA-HARI- Además... ¿qué?

BEBÉ- Quieren saber la verdad. Si te decidieras a hacer unas nuevas declaraciones, podría intentarse la revisión de tu proceso. Tienen la impresión de que ocultas algo. ¿Por qué no se lo dices?

(Pausa.)

MATA-HARI- Y te han encargado a ti que vengas a pedírmelo. ¿Por cuánto te has vendido? ¿Tan mal anda el puchero, Papá Bebé?

BEBÉ- «Marmite»... «Petite Marmite».

(Otra pausa.)

MATA-HARI- ¿Quieres hacerme un último favor?

BEBÉ- Claro.

MATA-HARI- Búscame un libro. Y tráemelo. O envíamelo, si quieres evitarte la molestia de volver a verme. Se llama *El loto de la buena ley*. Empieza con estas palabras: «La joven mártir a quien el verdugo iba a arrancar los ojos gritó: No importa, porque ya me han dado todos los placeres que podían darme y porque gracias a ellos he aprendido que todo es perecedero, efímero y despreciable».

(Hay un largo silencio. PAPÁ BEBÉ, sin hablar, saluda y se marcha. Oscuro. Cuando vuelven las luces al escenario, vemos a MATA-HARI. Está durmiendo. La rodean algunos personajes: un OFICIAL -letrado militar-, dos monjas -SOR LEONIDE y SOR MARIE, el DR. BRALEZ, el abogado DEFENSOR CLUNET y dos soldados. El OFICIAL indica a SOR MARIE.)

OFICIAL.- Despiértela.

(LA MONJA se acerca a MATA-HARI y, suavemente, le acaricia los cabellos. Poco a poco, MATA-HARI abre los ojos haciendo un esfuerzo para comprender lo que sucede. Después, se incorpora. Lleva una leve camisa de encajes por cuyo escote se adivina el pecho. El OFICIAL adelanta un paso y dice.)

OFICIAL.- El Excmo. Sr. Raymond Poincaré, Presidente de la República Francesa, ha denegado su petición de indulto.

(MATA-HARI entorna, sin querer, los ojos. Luego, comenta suavemente:)

MATA-HARI.- Debo de estar muy fea. ¿Quiere darme el espejo, hermana?

(Una de las monjas va a buscar el espejo. El DR. BRALEZ se aproxima.)

DR. BRALEZ.- ¿Necesita algo?

MATA-HARI.- Nada, doctor. Me encuentro en muy buenas condiciones físicas esta mañana... para morir.

(Ha regresado la monja -SOR LEONIDE- con el espejo. Parece abrumada.)

MATA-HARI.- No se preocupe. Soy una actriz... una buena actriz: mi último espectáculo será muy hermoso, créame.

(MATA-HARI se mira en el espejo mientras comienza a

arreglarse. Coquetea con el OFICIAL.)

MATA-HARI- ¿Me encuentra usted bonita, señor oficial?

(El OFICIAL no contesta. MATA-HARI sonríe casi insinuante.)

MATA-HARI- Deme un cigarrillo, por favor.

(El OFICIAL le da y le enciende un cigarrillo al tiempo que las monjas empiezan a vestirla. Se escucha un tema musical.)

MATA-HARI- Es usted muy joven... y muy guapo... ¿No se llamará usted por casualidad, Vadim Maslof? **(A las monjas.)** Pónganme mi vestido más de invierno, por favor; hace frío y no quisiera que pensarán, si me ven temblar, que tengo miedo.

(Las monjas continúan vistiéndola en silencio.)

MATA-HARI- Ustedes disculpen, caballeros. Normalmente me visto -y me desnudo- delante de los hombres con más entusiasmo. No quisiera que se llevaran de mí una impresión poco acogedora.

(La música suena dolorosamente sensual. En el contraluz de una supuesta ventana destaca, dramático, el humo del cigarrillo. De repente, la atmósfera se rompe por la voz -que pretende ser enérgica- de CLUNET, el abogado defensor.)

DEFENSOR- Exijo, en nombre del artículo 27 del Código Penal, que se suspenda la ejecución de esta sentencia.

(La música se detiene. Todos se vuelven hacia el anciano, que está muy pálido. El OFICIAL pregunta.)

OFICIAL.- ¿Qué ha dicho usted, señor Clunet?

DEFENSOR.- Que la ejecución debe suspenderse.

(Abre el código que tiene en la mano y lee.)

DEFENSOR.- «Si una mujer condenada a muerte se declara -y se comprueba- que está encinta, no se ejecutará la sentencia hasta después de dar a luz».

(Una larga pausa. Nadie sabe que hacer. Sólo MATAHARI permanece impasible. El abogado CLUNET continúa.)

DEFENSOR.- Afirmo que mi defendida está embarazada. No se puede matar, al mismo tiempo que a su madre, a un ser inocente que, en términos jurídicos, ya está vivo. Exijo, de nuevo, la suspensión de la sentencia.

(El OFICIAL, por fin, reacciona.)

OFICIAL.- ¿Me puede usted explicar, señor Clunet, cómo puede estar embarazada una mujer que lleva ocho meses en la cárcel y que en todo este tiempo no ha cohabitado con hombre alguno?

DEFENSOR.- Eso es lo que usted supone, señor oficial.

OFICIAL.- ¿Lo supongo? ¿Sólo lo supongo? ¿Conoce usted al hombre que ha podido acostarse con ella?

DEFENSOR.- Claro que lo conozco: yo.

(El abogado pretende mantenerse digno, aunque no lo consigue.)

DEFENSOR.- Sí, yo. Sería un crimen matar a un niño antes de nacer. Un niño del que, además, yo... yo soy el padre.

(Otra larga pausa. El OFICIAL se encoge de hombros y acepta.)

OFICIAL.- De acuerdo; si la condenada está embarazada, el médico debe comprobarlo. **(Se dirige al DR. BRALEZ.)** Cumpla usted con su obligación, doctor.

(BRALEZ va a acercarse a MATA-HARI. Pero ésta le interrumpe.)

MATA-HARI- No, doctor; no se moleste. No estoy encinta; nadie me ha tocado desde hace ocho meses; no estoy embarazada.

(Al abogado.)

MATA-HARI- Gracias, es usted muy inteligente.

(El DEFENSOR abre los brazos como si acabara de cumplir con su última obligación. MATA-HARI añade:)

MATA-HARI- Cuando ustedes quieran, señores. Estoy preparada.

(Empiezan a oírse unos tambores. El OFICIAL llega hasta ella con un papel y un lápiz.)

OFICIAL.- ¿Tiene usted alguna revelación que hacer?

MATA-HARI- No. Ninguna... ninguna... ¿Para qué? Después de todo, tampoco iban ustedes a creerme...

(Está a punto de andar, cuando se detiene un segundo.)

MATA-HARI- ¿Qué día es hoy, hermana?

SOR MARIE- 15 de Octubre de 1917... lunes.

MATA-HARI- Lunes... estaba segura de que sería un lunes.

(Suenan los tambores con más fuerza, baja del telar una lámpara que oscila sobre la cabeza de MATA-HARI quien, con el último redoble, cae al suelo muerta.

Cambian las luces y se escucha la misma melodía que sonó casi al principio de la obra cuando MATA-HARI niña patinaba.

Y esto es lo que sucede: El suelo se ilumina delicadamente y una niña patina sobre él al ritmo de la música. Se llama GRETA y es MATA-HARI a los quince años.

Sobre la música, la voz de la madre recita.)

VOZ ANTJE-

Fue en aquel invierno -el más frío de todos-
cuando dejó de oírse su pobre corazón.

La ciudad estaba en calma, las ventanas
echadas

y en la torre de la iglesia suspiraba el reló.

Fue en aquel invierno -el más frío de todos-
cuando dejó de oírse su pobre corazón.

Las orquídeas dormidas, los tulipanes
quietos,

hacía tanto frío que el Zvider Zee se heló.

(La niña sigue patinando mientras, lentamente, baja el telón.)

Lanzarote, 22 de enero de 1984.